

LEOPOLDO LUGONES

LA DAMA DE
LA ODISEA



EDITORIAL BABEL
BUENOS AIRES MCMXXIV

PERTENECIÓ A
LEOPOLDO LUGONES

BOA MARCA

32 00



ESTUDIOS HELÉNICOS

OBRAS DEL AUTOR:

VERSO

<i>Las Montañas del Oro</i>	(agotado)
<i>Los Crepúsculos del Jardín</i>	»
<i>Lunario Sentimental</i>	»
<i>Odas Seculares</i>	
<i>El Libro Fiel</i>	»
<i>El Libro de los Paisajes</i>	»
<i>Las Horas Doradas</i>	»

PROSA

<i>La Reforma Educacional</i>	»
<i>El Imperio Jesuitico</i>	»
<i>La Guerra Gaucha</i>	»
<i>Las Fuerzas Extrañas</i>	»
<i>Piedras Liminares</i>	»
<i>Prometeo</i>	»
<i>Didáctica</i>	»
<i>Historia de Sarmiento</i>	»
<i>Elogio de Ameghino</i>	»
<i>El Ejército de la Iliada</i>	»
<i>El Payador (tomo primero)</i>	»
<i>Mi Beligerancia</i>	»
<i>Las Industrias de Atenas</i>	
<i>La Torre de Casandra</i>	
<i>El Tamaño del Espacio</i>	
<i>Acción</i>	
<i>La Funesta Helena</i>	
<i>Un Paladín de la Iliada</i>	
<i>La dama de la Odisea</i>	
<i>Filosoficula</i>	

LEOPOLDO LUGONES

LA DAMA DE
LA ODISEA

EDITORIAL BABEL
BIBLIOTECA ARGENTINA de BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES MCMXXIV

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ES PROPIEDAD
Copyright by Babel 1924



LA DAMA DE LA ODISEA

LA CASA DE LA CIBOLA

EN el esfuerzo de Ulises, la Odisea elogia la fidelidad de Penélope. Y siendo aquel esfuerzo la más asombrosa prueba de constancia y de valor que haya realizado hombre alguno, y esta fidelidad la más perfecta que se cantara, resulta el poema, pues, la celebración insuperable del culto del hogar, en el cual resúmense, con totalidad feliz, los puros afectos y las nobles virtudes.

Por efecto genuino del amor que anima a los personajes, ya que, como lo tengo dicho tantas veces, sólo el amor engendra, aquellos afectos y virtudes van presentándose sin esfuerzo ni artificio, en personas de condición natural como

nosotros, vale decir, imitables: primera consecuencia moral, tan importante como la misma celebración que decíamos. Así, además de su enseñanza estética, fué la Odisea texto docente. ¡Dichoso el pueblo que la tuvo como tal, aprendiendo, así, por agencia de la belleza más alta que alcanzaron los hombres, la virtud encarnada con insuperable nobleza en héroes nacionales! Nada más se precisa, en rigor, para explicar la superioridad de la civilización helénica.

Mas, como los antiguos eran, sobre todo, veraces ante la vida, claro está que no faltan en aquella historia, por lo bien humana que es, los viles y los malos, indistintamente puestos entre los dioses, los principales y los plebeyos; pues solamente el fanático, el cortesano y el demagogo, lo niegan por ceguedad o por adulación. El poema es, así, un resumen de la existencia humana, que en el estado de civilización, se define por el goce de dos bienes: el hogar y la patria. Uno fundado en el amor a la mujer y el otro en el amor a la justicia. Por esto su pérdida causa la muerte, el destierro y el olvido.

La Odisea fué, ante todo, el poema del regreso: *Nostos*. Su denominación por el derivado patronímico del héroe: *Odíseus*, que la pronunciación bárbara cambió en Ulises, proviene del complemento genitivo con que se formaba

el título original: *Odisseos Nestos*, el *Regreso de Ulises*.

Cuando el héroe lo completa, su éxito consiste en recobrar el amor de la esposa y restablecer la justicia con el castigo de los pretendientes. Para eso ha jugado veinte veces su vida, inútil o insoportable sin eso. Mas, haber recobrado la patria y el cetro, no es todo aún. Hay que reconquistar el quizá perdido amor, y por esto impone a Penélope la prueba del olvido.

Mejor aún que en la Iliada, con todo y resplandecer allá, como de bronce y oro, la nobleza de Héctor, quedó constituido en la Odisea ese tipo de perfección varonil que llamamos el caballero.

Ulises fué el aventurero por excelencia. Tras los nueve años de la guerra troyana, en la cual descolló entre los héroes, once más andará pensando bajo la maldición de los númenes adversos, para vencerlo todo, desde el monstruo hasta el hechizo, desde la soledad hasta la seducción, desde el océano al infierno—con su inquebrantable voluntad de volver.

Individualista como todo gran poeta, Homero realzará la excelencia humana en la calidad personal, dejando a Ulises enteramente sólo con su desgracia.

Entonces es cuando realiza las tres hazañas mayores: la resistencia a la tentación de Calipso

que le ofrece, junto con su amor de diosa, la eterna juventud; el dominio del embravecido mar a puro ímpetu de corazón y de brazo, y la matanza de los pretendientes: ciento diez y ocho hombres de guerra, todos más jóvenes que él.

Mas, no sólo es el caballero dechado de pujanza y espejo de fidelidad, sino modelo de justicia, bajo un concepto que acaba, así, de constituir su tipo. El caballero es el justiciero de sí mismo, vale decir, el vengador.

Pues lo que constituye esencialmente a la nobleza, virtud individualista sobre todas, es esa facultad de bastarse el hombre solo, que alcanza su apogeo en la imposición personal de la equidad por medio de la venganza.

Veraces ante la vida en esto también, los griegos no intentaban negarlo. La vida justíficalo a su vez. Las razas vengativas, desde aquella hasta los vascos actuales, son las mejores. El colectivismo, que niega la justicia individual, es indicio de barbarie o de vileza. La práctica sistemática del perdón, puede ser, cuando más, una situación filosófica aislada. Como método social, conduciría al servilismo del pueblo así amansado. Lo que el tipo del caballero encarna en fuerza, en belleza y en verdad, es esto que podríamos llamar la moral de la energía: todo hombre es un amante, un combatiente de la libertad y un vengador. El renunciamiento ^{ma} rústico a la pasión, es un comienzo de muerte. Pero las razas fuer-

tes y sanas, caracterízanse por una enérgica voluntad de vivir.

El individualismo así concebido, es un estado heroico que impone el culto de la fuerza y del valor: vale decir de la salud plena. Y esto es ya, para todo pueblo, un resultado de moral práctica.

La antigüedad pagana fué grande y hermosa por su sinceridad ante la vida. De aquí su vigoroso concepto jerárquico en la organización social. La necesidad del jefe, es, en efecto, otra imposición de la vida. La paradoja negativa de la igualdad, que es el fundamento de la ideología democrática y cristiana, comporta un nuevo encanallamiento. Es asiática y germánica, no griega ni latina. Toda superioridad es desigual por definición. Pretender nivelar por ella a los inferiores, resulta evidentemente quimérico. De aquí que no se pueda nivelar sino rebajando. La superioridad natural, pues sólo a ésta me refiero, es incontrastable.

Al propio tiempo, la lucha por la vida y por la libertad, confúndense en un solo esfuerzo. Será más libre, es decir, más capaz de vivir por cuenta propia, el que nazca mejor acondicionado para la vida. Si, como se ha dicho con exactitud, la libertad es un bien que se toma y no se pide, su goce estriba en la capacidad de tomarlo, que es nativa y personal. La libertad resulta, pues, un estado de fuerza como la vida. Así, es

uno mismo quien se da la libertad; y de aquí la importancia ejemplar del héroe.

Dueño de su vida el hombre, lo es también de su muerte; porque en las situaciones sin salida, ésta es, decían los antiguos, la última puerta de la libertad. El suicidio estoico era un supremo derecho.

Ulises efectuará la opción con sencillez caballeresca. Ante la inmortalidad que una diosa le ofrece, es decir, ante la aceptación del mayor de los bienes, prefirió morir por una mujer. No hay, pues, nobleza que le falte. Ya veremos en el texto del poema, la insuperable dignidad con que lo ha aceptado.

Verdad es que la esposa bien lo valía. Los veinte años de su espera, son otros tantos de fidelísima esperanza. Tan constante ha sido en su noble dolor como en su decoro y en su cumplimiento de las prescripciones que el héroe le hizo al partir. Si se dispone a contraer nuevo matrimonio, es por eso, que no por gusto. Si consiente en arreglarse, es por el respeto que debe a su condición de señora y reina. Su hermosura no le interesa, como él no la disfrute; y para mayor armonía con su tristeza por el ausente, la famosa tela del pretexto sin fin, es una mortaja.

He aquí cómo se explica con la camarera Eurínome, a quien ha consultado la decisión de aconsejar a Telémaco ante los mismos preten-

dientes, reprochándoles de un modo más directo su iniquidad (XVIII, 169 - 196) :

La camarera Eurínome respondióle :

—Sí, cuanto

Dijiste, hija, es muy justo. Ve, pues, y francamente
Habla a tu hijo; pero, antes de que te hagas presente,
Lava tu cuerpo y unje tus mejillas, que el llanto
Tu rostro afea. Pésimo es afligirse tanto
Y siempre, estando tu hijo ya en la edad que querías,
Cuando verlo echar barbas a los dioses pedías.

La discreta Penélope le ha respondido así :

—Eurínome, aunque seas solícita por mí,
No me des el consejo de que mi cuerpo lave
Y me unja con perfumes. Mi gracia destruyeron
Las diosas del Olimpo cuando él se fué en las naves.
A Hipodamia y Autónoe que mandes venir quiero,
Para que me acompañen al palacio. No iría
Sola yo donde hay hombres, pues me avergonzaría.

Dijo y la anciana fuese por el palacio, para
Mandar a las mujeres que allá se presentaran.
Pensó otra cosa entonces la zarca diosa Atena :
Dulce sueño dió a la hija de Icarío, que serena
Cayó al lecho, aflojando sus articulaciones.
La deidad, entretanto, le hizo inmortales dones,
Para que los aqueos admiraran en ella :
Lavó con ambrosía, primero, su faz bella,
Cual se unje Citerea la de hermosa corona,
Cuando va a que las Gracias le hagan coro gentil.
Y en más alta y más gruesa transformó su persona,
Y la volvió más blanca que el cortado marfil.

Sanos y salvos todos de Troya han de volver.
Dicen que los troyanos son belicosos, diestros
En el tiro de dardos y flechas, y maestros
En cabalgar los rápidos corceles, y que así
Deciden el combate más igual y empeñado;
Con que, no sé si un numen hará que vuelva aquí,
O en Troya quede. Pero, tú de esto ten cuidado,
Y a mi padre y mi madre préstales asistencia
En casa, aun más que ahora, mientras dure mi ausencia.
Y cuando hayas notado que echa barbas nuestro hijo,
Cásate con quien quieras, y deja esta morada.
Así habló él, y cumpliéndose va todo cuanto dijo.
Llegará, pues, la noche de las nupcias odiadas,
Para esta infeliz que hizo Zeus tan desventurada.

Es lo que, imitando una vez más a Homero, dirán los romances caballerescos por boca del conde Dirlos, en el 164.º de la *Primavera* de Wolf y Hofman (II, 129).

Mas, la desolación de la esposa, no excluye la autoridad de la reina. Véase cómo responde al mismo pretendiente (XXI, 331 - 342) quien consideraba oprobioso admitir a la prueba del arco un vagabundo desconocido, manteniendo la promesa que a éste había hecho:

—Eurímaco, no alcanzan entre el pueblo buen nombre,
Quienes a un noble insultan y sus bienes acaban.
¿Por qué cargáis vosotros con tal infamia? Este hombre
Es alto, robusto y de buen linaje se alaba
Por su padre. Mas, vamos, dadle el arco pulido,
Para ver, pues declaro, y así será cumplido:
Si lo tiende y Apolo le da el triunfo en el juego,

Le ofreceré una túnica y un manto palaciego;
 Un dardo agudo con que perros y hombres ahuyente,
 Y una espada de doble filo además; sus pies
 Calzaré con sandalias, y hacia donde su mente
 Y corazón lo induzcan, lo haré llevar después.

Pues el ingenioso Ulises, disimulábase con gran cuidado para probarla y convencerse por su cuenta, como varón prudente y racional, no obstante las referencias de Atena su protectora. Así en el canto XIII, después de felicitarlo por su disimulo,

Atena la ojizarca diosa le ha respondido:
 —Siempre en tu pecho abrigas idéntica cordura,
 Y no he de abandonarte nunca en la desventura,
 Porque eres elocuente, perspicaz y entendido.
 Cualquiera que tras largas andanzas regresase,
 Querría ver cuanto antes mansión, hijos y esposa;
 Mas, a tí, ni indagarlo ni saberlo te place,
 Hasta tanto no pruebes a tu mujer, que ansiosa
 Por tí, siempre en la casa, consume lamentable
 Sus noches y sus días en llanto inconsolable.

Y más abajo (íd. 375 - 381):

—Divino Laertiades, Ulises ingenioso,
 Piensa en poner mano en los cínicos pretendientes
 Que desde hace tres años mandan en tu palacio,
 Y a tu divina esposa requieren con presentes.
 Mas, ella suspirando siempre por tu regreso,
 Si a todos da esperanzas y a cada cual envía
 Promesas, es pensando bien diferente de eso.

Mas, el griego no creía enteramente sino en los dictados de su razón. Véaselo en esta hermosa escena del canto XIX (203-212) cuando Ulises, siempre transformado en mendigo, cuenta sus propias fantásticas aventuras a la desolada mujer:

Tornaba así, creíble, todo cuanto mentía,
Y ella, al oirlo, en lágrimas su cuerpo derretía,
Como al soplo del Euro la nieve montañesa
Que en las cimas el Céfito acumuló, y que engruesa
Con su flujo los ríos. Así se consumían
Sus hermosas mejillas en llanto que lloraba
Por el varón tan próximo a ella. Aunque se apiadaba
De su mujer Ulises, al verla sollozando,
Sin parpadear los ojos conservaba tan fijos
Cual si de cuerno o hierro fueran, disimulando
De ese modo sus lágrimas astutamente. Y cuando
Sacióse ella de quejas y de llanto, le dijo:
—Ahora, forastero, etc.

Porque el héroe sabía llorar también las buenas lágrimas de la constancia y de la ternura. Así en la escena del reconocimiento con Telémaco (XVI, 214-219):

El hijo y el buen padre, llorando se abrazaron.
Y les vino tal ansia de gemir, que gritaron
Más que águilas marinas o que halcones ganchudos,
Cuando algún campesino mañoso los despoja
De sus tiernos pichones todavía desnudos.
Así consterna el llanto que sus pestañas moja.

Mientras tanto, la prueba del arco había suscitado en Penélope el recuerdo más doloroso y noble: o sea aquel que labra a la esposa desamparada, ante las armas del varón ausente.

Cuando va por el arco a la cámara interior, el poema pinta en tres versos su majestad de reina y su fuerte reposo de ama (XXI, 5-7):

Sube por la escalera central de la morada,
Llevando en su robusta mano una bien labrada
Llave de fino bronce con puño de marfil.

Todavía el poeta alejará el momento de la prueba, con verdadero sentido dramático, describiendo la puerta y la maniobra de abrirla, en versos del mayor interés (42-58):

Cuando llegó a esa cámara la divina entre todas,
Bajo el portal de encina que pulió el artesano,
Y en el cual, nivelándolo a cordel, acomoda
Las dos brillantes hojas en las jambas del vano:
Sin detenerse un punto, desprendió prontamente
La correa del aro; metió luego la llave
Y empujó los cerrojos, tocándolos de frente (1)
Y como en la pradera brama el toro imponente,
Así mugió al abrirse la puerta hermosa y grave.
Subió ella a una elevada tarima donde estaban
Los cofres de la ropa bien oliente, y tendiendo

(1) Puede verse una excelente reconstrucción de las cerraduras y llaves homéricas, en la Guía del Departamento de Antigüedades Griegas y Romanas del British Museum (*Greek and Roman Life*), pág. 161.

La mano, tomó el arco del clavo en que brillaba
El estuche del arma. Sentóse allá, poniendo
La caja en sus rodillas, y sollozó hondamente
Al sacar el grande arco del rey, hasta saciarse
De lágrimas copiosas y suspiros dolientes.

Célebre entre esos trozos de la vuelta, por la delicada sensibilidad que revelan en los héroes, es la narración de la muerte del perro Argos, al cual hallan tendido ante la mansión Ulises y Eumeo. He aquí esa página, en la cual irá apreciando el lector todo lo que abarcaba la moral de la Odisea (XVII, 290 - 327):

Tal venían diciendo, cuando un perro, allá echado,
Levantó la cabeza y las orejas; era
Argos, que por Ulises mismo criado fuera,
Aunque el héroe nunca lo hubiese aprovechado,
Pues que hacia Ilión la ínclita antes de eso partiera.
Con frecuencia fué otrora por los mozos lanzado,
Tras la cabra montesa, la liebre y el venado;
Mas, ahora, sin dueño, desdeñado yacía
Sobre un montón de estiércol de mula y bucy, que había
Ante las puertas, hasta que al señorial terreno (2)
Los siervos lo llevaran, para abonar, un día:
Allá estaba el perro Argos de garrapatas lleno.
Cuando se acercó Ulises, con que ya alcanzó a verlo,
Lo halagó con la cola y agachó las orejas,
Mas no pudo hasta su amo llegar. Al conocerlo,
Aquél una furtiva lágrima disimula

(2) El *témenos*, o terreno de labranza, reservado a los jefes y señores de una comarca.

A Eumeo, y después esta pregunta le formula:
—Me admira, Eumeo, que este perro se halle tendido
Sobre el fimo en que yace, pues su cuerpo es hermoso;
Mas, no sé si tan rápido como esbelto habrá sido,
O de esos que, a la mesa del amo mantenidos,
Los crían solamente por lujo caprichoso.
Así, porquero Eumeo, tú al punto has respondido:
—Este perro fué de uno que lejos de aquí ha muerto.
Si su acción y sus formas fuesen como eran, cuando
Lo dejó Ulises, yéndose para Troya, por cierto
Que ya estarías su ímpetu y vigor admirando.
No se le iba en el bosque la alimaña más lista,
Que era sumamente hábil para seguir la pista;
Mas, ahora está enfermo, pues su amo murió ausente,
Y así ya no lo cuidan las mozas negligentes.
No bien el amo deja de mandar, es sabido
Que los siervos no quieren hacer lo que es debido;
Porque Zeus el vidente quita al hombre más bravo
La mitad de la fuerza desde que cae esclavo.
Dijo, y entró al palacio, y hacia la concurrencia
De ilustres pretendientes se encaminó en seguida,
Mientras la negra parca quitaba a Argos la vida,
Después que viera a Ulises tras veinte años de ausencia.

En fin, y no sólo para que se vea cómo fué aquella poesía una celebración de todas las buenas acciones, sino porque se relaciona íntimamente con los cantos V y VI de la Odisea, puestos más adelante, el trozo de la conducción de Ulises a Itaca, por generoso servicio de los feacios sus huéspedes (XIII, 70-95).

Advertiré que el embarco y el viaje fueron nocturnos, porque los antiguos navegaban de noche,

para aprovechar la brisa marina, siendo entonces la aurora, naturalmente, la hora de la llegada. Los reyes de Esqueria, la isla del naufragio, habían enviado a Ulises provisiones y regalos de valor, que los marineros estibarón:

Cuando junto al navío y al mar llegado hubieron,
Los generosos nautas tomaron y pusieron
En el fondo, los vinos y el fiambre variado.
Tendieron para Ulises a popa, sobre el puente,
Un tapiz y una sábana, con que, así, quietamente
Durmiera; y él, subiendo, se recostó callado.
Luego, en los bancos fueron sentándose a la fila;
De la horadada piedra desataron el cable,
Y cargáronse al remo que hinchó la mar tranquila,
Mientras cerraba un sueño tranquilo y delectable,
Semejante a la muerte, los ojos del dormido.
Como los cuatro potros que la cuadriga ha unido,
Lánzanse y encabritanse bajo el látigo, cuando
Devoran en el llano la ruta, así iba alzando
Su proa el buque, mientras la grande ola sombría
De la mar resonante, por detrás le batía.
Y bogaba constante y seguro, de modo
Que el gavilán concéntrico, el que aventaja a todo
Volátil, no pudiera con él, tan raudamente
Tajaba el mar, llevándose al hombre cuya mente
Era a la de los dioses semejante, y que habiendo
Sufrido los embates de tanto mal tremendo
A través de las guerras y de la ^{gran} ~~gran~~ vida terrible,
Exento al fin de penas, dormía allí, apacible.

Cuando el astro fulgente que anuncia la mañana
Brilló sobre el navío, ya éste iba, con la aurora,
Poniéndose a la vista de la ínsula cercana.

Dejo, entretanto, a las versiones que siguen, las notas con que fueron publicadas, y en las cuales querrá el lector excusar las repeticiones, confirmatorias, por lo demás, de la unidad de mi conceptó.

Agrego la del canto VI de la Odisea, para que el tipo de la mujer homérica salga completado con la adorable doncellez de Nausicaa la princesa.

La Princesa!

Conceda ella su gracia tutelar a mi labor, en la serenidad de sus dulces ojos.

EL CANTO V DE LA ODISEA

Mayo 10 de 1916

EMPIEZA con esta publicación la obra conmemorativa que pienso dedicar al centenario de la independencia. Y lo hago de tal suerte, no sólo para rendir tributo inicial a nuestra civilización, que es la greco-latina, remontando hacia sus fuentes de belleza, de bien y de verdad, sino porque el dicho canto de la Odisea reúne cual ningún otro, a mi ver, las cualidades homéricas y el poema mismo. Si éste es, en efecto, la descripción integral de una vida heroica y con ello un prototipo para todos cuantos pertenezcan a la mencionada civilización, allá resalta mejor que en ninguna otra parte el esfuerzo así celebrado. La acción individual en que consiste esencialmente la

civilización helénica, resulta que Ulises la encarna con magnífico vigor hasta constituir un dechado: de donde sale cierto que nada en el cielo ni en la tierra: númenes adversos, elementos hostiles, hombres, fieras, pasiones, pueden con la voluntad heroica o sea con la decisión de triunfar el hombre sin tener en cuenta la importancia de sus medios; mientras de suyo le viene, con practicarlo, el florecimiento de la belleza y de la virtud. Desde que esto se formuló en las más nobles palabras de humana boca, si no fué divina por la inspiración genial, la civilización grecolatina lo ha tenido por norma. Tal fué el origen del paladín medioeval, prototipo heroico a su vez del cristianismo triunfante porque se helenizara; tal, asimismo, la causa primordial del individualismo americano. He ahí, pues, «la moral del cuento», que daba en Grecia tanta importancia docente a la poesía homérica.

No la tiene menos para nosotros y por la misma razón.

Aquel dechado, que fué el del paladín, tornó con éste posibles los dos mayores esfuerzos hasta hoy realizados por la civilización cristiana: las Cruzadas que unificaron a Europa, y el descubrimiento de América que integró el planeta. Y por consiguiente, acá, la preparación de un mundo entero para la democracia: pues de ser paladines los conquistadores, resultó ella naturalmente constituída. La eficacia creadora de la civiliza-

ción greco-latina proviene de su individualismo. Las civilizaciones del tipo colectivista no salen de sus fronteras más que para destruir, ni han sabido organizarse hasta hoy sino bajo instituciones despóticas. Y es que sólo crea el individuo, porque él también solamente es fuerza positiva de la civilización. ¿Dónde se vió ley científica, obra de arte, principio moral concebidos y formulados por la masa? ¿Dónde está la tiranía que no haya sido creada por la masa con su servilismo, su ignorancia y su miedo? Así, en el poema inmortal, Ulises triunfa siempre cuando está solo. Las tres mayores desgracias que acontecen a los hombres de la Odisea: la cautividad en la isla de Circé, donde la maga los transformó en puercos, el naufragio definitivo porque comieron las vacas del sol, y el exterminio de los pretendientes, son errores colectivos. El otro gran naufragio causado por la apertura de los odres eólicos que la tripulación efectuó mientras Ulises dormía, completa la infausta serie; y tanto en este como en el antedicho, la masa ignara déjase seducir por los conocidos recursos de la demagogía: el odio al hombre superior y la jactancia envidiosa. Mas, recordemos en dos palabras la situación del héroe al empezar el canto V.

Mientras Telémaco anda por Pylos y por Lacedemonia buscando noticias de su padre, y los pretendientes lo esperan emboscados en la isla de Arteris, para matarlo a la vuelta, Ulises há-

llase prisionero de la ninfa Calipso en otra isla lejana a la cual arribó náufrago y solo: que la diosa, enamorada de él, retiénele contra su gusto. Tal es el momento en que Atena su protectora pide a los otros dioses consideración y justicia.

Resalta, desde luego, en la conducta del héroe, aquella fidelidad a la esposa que, desde entonces, caracterizará la noble delicadeza del paladín.

En vano la ninfa es bella mucho más que Penélope, y le ofrece—dones entre todos envidiables—la juventud eterna con la inmortalidad. Todo lo desprecia él por la bien amada que está esperándole. No sabe, siquiera, si vive y si le es fiel, pues carece de noticias siete años ha; pero nunca ha dudado de ella. Y así, por ella gimiendo, pasa los días ante el solitario mar, todavía menos amargo que sus lágrimas.

La sólida bondad de Homero, su sensatez griega que es grande como el peso del oro, no le indujo, sin embargo, a confundir aquella virtud con una castidad increíble en la ausencia de diez años de ese rudo guerrero, e inconciliable sin temeridad con la abstención del marino. La verdad es que Ulises durmió con la ninfa a quien debía, por otra parte, profunda gratitud; y que ella, al principio, le agradaba. Porque el griego no era hombre de concebir un ideal incompatible con la naturaleza. Este fué el vicio de exageración de los poetas caballerescos, cuya mente su-

fría la influencia del absurdo cristiano; (1) y por ello sus héroes tenían que dar en la caricatura del Orlando Furioso. El heroísmo del griego era un estado superior de voluntad, de raciocinio y de cordura.

Nótase la misma exageración disparatada en las lágrimas del paladín cristiano, que por eso, como por todo, quiso parecerse al héroe homérico. Mientras en éste, el llanto viril resulta desahogo de nobles penas, cual la mencionada de Ulises, o la de Aquiles por Patroclo, en aquél es el vicio místico llamado «don de lágrimas»: y por ello Amadís nos parece ahora ridículo, cuando tal cosa no ocurre con ningún héroe de Homero. La ternura y la fidelidad, más conmovedoras por lo mismo que son humanas en su defectuosa condición, aquél es quien las posee con mayor realce.

En cambio, es ilimitada su energía.

Apenas la ninfa le anuncia que está libre y le facilita los medios de construir oportuna balsa, cuando se pone a la obra con tanta actividad como ingenio. El trabajo manual era ramo importante en la educación del príncipe antiguo, y por esto «el ingenioso Ulises» se comporta como buen carpintero. Cuatro días de trabajo bástanle para construir una jangada tan capaz como la quilla de una urca grande; pero esto no debe asombrar-

(1) Así Tertuliano y San Agustín con la imperativa fórmula de la fe: «credo, quia absurdum». Creo porque es absurdo.

nos, pues se trata de hombres mucho más fuertes que nosotros. Así, en la «Ilíada» Diomedes y Héctor lanzan con una sola mano piedras que dos hombres actuales conseguirían apenas mover; pues, en la propia quimera, guarda el relato aquella proporción característica del arte griego. Por otra parte, si hemos de comparar entre héroes, recordaré que Alvar Núñez, de la misma estirpe, ciertamente, y de la raza hercúlea como buen español de la Conquista, menciona una construcción de naves análogas en cuarenta y siete días; (2) lo cual siendo las dichas naves cinco, y capaces para cincuenta hombres cada una, establece bien la relación; pues, aunque los españoles que el conquistador menciona alcanzaban a doscientos noventa y dos, no había entre ellos sino un carpintero; muchos hallábanse enfermos o guerreando con los salvajes, y todos carecían de herramienta que debieron improvisar, así como las fraguas, con el fierro de sus estribos y espuelas.

Hice esta comparación adrede, para que se note con cuánta verdad expresan aquellos poemas la capacidad de nuestra gente, todavía acrecentada con la realidad del heroísmo; pues siendo la odisea de Alvar Núñez, si por el tiempo igual, muy superior por el resto a la del griego, resulta como si aquellos conquistadores hubiéranse pro-

(2) Naufragios y Relación, etc., capítulo VIII.

puesto realizar este verso (405, canto IV) de la «Iliada»:

“De valer más que nuestros padres nos alabamos”.

Pero donde alcanzamos ya toda la grandeza del antiguo, es en la almadía sobre la cual se lanza por el mar abierto que, según dice él mismo, ni las naves más veleras cruzaban, teniendo por único guía en su tremenda soledad el rayo de las constelaciones.

Efectivamente, aquellos marinos no navegaban sino costeano y sólo hacíanlo de noche para valerse de la brisa terral; con lo que, un viaje de diez y siete días por el mar abierto, tal cual fué el de Ulises, resultaba aterrador. Hoy mismo sería en una balsa como aquella.

Las penas que sufre y los riesgos que corre no son para comparados ni con los de la terrible guerra ante Ilión; de suerte que nunca tampoco es más admirable su energía.

Y el canto resume, por ello, cuantas bellezas hay en la poesía homérica.

Figuran en él todos los dioses, desde los olímpicos, reunidos o aislados, acordes u opuestos, hasta las deidades menores de la tierra y del mar; las rarísimas transformaciones zoológicas, como aquella de Ino Leucotea en mergo o cuervo marino (pues las deidades mostraban siempre gran repugnancia por dicho género de metamorfosis); los elementos en toda condición: mansos, bravíos, prósperos, aciagos; el cielo, por única vez des-

crito; el paisaje, nunca antes ni después considerado; la tempestad, que suele ser apenas término de comparación; la industria humana en aquella obra maestra de la poesía descriptiva que nos cuenta el trabajo de Ulises calafate; la náutica antigua revelada por los vientos (3).

Y luego, aquel naufragio dramático cual ninguno; aquella lucha sin par con las olas embravecidas que alteró el dios de los mares: todo por llegar un día a la patria tierra y a los brazos de la esposa bien amada.

Asimismo en este canto precisase singularmente la influencia bienhechora de la mujer sobre el destino del héroe: otra peculiaridad épica que Homero fijó como norma de todo poema caballescico. Pues la mujer es quien posee, eminente en la vida penosa, el don divino de salvar.

Atena, la gran virgen del panteón heleno, es su protectora. La ninfa Calipso lo libró del naufragio en que todos, menos él, perecieron. Ahora, durante un trance todavía peor, va a socorrerle Ino la nereida. Luego, en el canto siguiente, que es un complemento y forma con el quinto el mismo episodio, lo protegerá la hospitalaria Nausicaa.

(3) Ver el magistral estudio de V. Bérard, tomo I, libro V, capítulo I, de su grande obra «Les Phéniciens et l'Odyssee». No obstante, el sabio, en su afán de considerar error al decir que Ulises vagó dos días por la Odissea bajo un concepto realista, comete el mar, asido a una viga de su balsa deshecha (pág. 484); parangonando este caso con el de cierto naufragio que cita por comprobación. Pero no hay tal. Ulises abandonó la viga para nadar por su cuenta (verso 374); y si su resistencia fuera increíble en un hombre común, no lo resulta en aquellos héroes tan superiores por su vigor a nosotros.

Y falta todavía que alabar la elocuencia de los monólogos pronunciados por el héroe en su angustia, pues son los más bellos de todo el poema; la viveza incisiva del diálogo entre Hermes y Calipso; la nobleza del otro que esta última entabla con Ulises. Y para no hablar ya más que de la expresión poética, propiamente dicho, la desusada abundancia de las imágenes, siempre escasas en Homero; la también singular variedad episódica de este canto que, con ser uno de los más breves, cuenta no menos de doce escenas o cuadros; la riqueza rítmica del verso que aquí, precisamente, compone una de las poquísimas onomatopeyas homéricas: aquel 402.º exámetro que narra el asalto de la onda mugiente contra la orilla, y que Dionisio de Halicarnaço consideraba dechado de armonía imitativa: pues con la aliteración, la acentuación y la disposición silábica de sus siete palabras, remeda no sólo la ebullición y el retumbo de la ola, sino hasta el ímpetu con que se encabrita y rompe.

Inútil añadir que de esto no hay traslación posible a nuestra lengua, con ser ella bastante parecida al griego en su manera de sonar. De esto y de muchas otras cosas que acto continuo explicaré.

Pero antes quiero decir que he adoptado el verso alejandrino por mayor propiedad rítmica,

(4) Tampoco la hay en el poema, como es sabido. La narración corre exámetro por exámetro.

al ser dicha forma, según creo, la transformación del exámetro en las lenguas romanas. La elección del endecasílabo fué, a mi entender, un desacierto de los retóricos cuando hubieron de trasladar el exámetro, más largo de un tercio por término medio, y no debió ser otro su objeto que evitar la rima, eterno escollo de la impotencia preceptista; pues si el verso antiguo no tenía rima, el nuestro no existe—propriamente—sin ella.

La novedad de mi trabajo reside, pues, en la ocurrencia de emplear el alejandrino rimado para la traducción, aunque sin adoptar estrofa determinada. ⁽⁴⁾ Con lo cual así facilitó mi tarea, como el movimiento y la variedad de la composición. El lector verá que no por ello me he entretenido con la rima, y que hasta la he descuidado a veces, sacrificando la perfección de esto que es mío a la exactitud de la expresión homérica. Así sucede también con alguna cacofonía como «la santa Pylos y la pía Lacedemonia», o «gimiendo en su heroico pecho empezó a decir». Por último, siempre que pude prescindir de la rima, sin mengua del verso, lo hice para mi alivio.

En cambio, he conseguido sacar el mismo número de versos que hay en el canto, o sea cuatrocientos noventa y tres; cosa imposible con el endecasílabo, que a veces necesita triplicarse para contener el texto de un exámetro. Ello no quiere decir que mi traducción sea verso por verso. Unas veces compuse yo los míos con más y otras

con menos palabras que las textuales, pues intervino aquí una circunstancia que requiere explicación.

Siendo el griego, por su sintaxis, un idioma sintético, necesita muchas veces repetir giros y vocablos que en la cláusula correspondiente de una lengua analítica como la nuestra, resultan sobreentendidos a virtud de la construcción prepositiva. Cuéntese también los muchos elementos expletivos del lenguaje poético, y las bien conocidas redundancias homéricas, sobre las cuales debo decir dos palabras.

El lenguaje de Homero carece de giros elípticos. Cuando uno de los personajes va a hablar, y aunque esto sea evidente o imperioso por el sentido de la cláusula inmediatamente anterior, casi nunca falta la expresión preventiva «dijo:» o «habló de esta suerte:» u otra análoga, sucediendo lo propio cuando termina el discurso. Así, en el mismo canto V, verso 20 (5), Zeus que se dirige a Atena «respondiéndole, dijo:» Y al cabo del trozo, que no cuenta sino seis versos, el poeta añade para empezar con el siguiente: «dijo, pues». Nótese, además, que la primera expresión ya era redundante. Asimismo, los adverbios y las palabras conexas nunca están sobreentendidos. Los epítetos vuelven siempre con el vocablo que califican, como si la oración así formada

(5) La mención ordinal que hago y haré de los versos, refiérese al texto griego.

constituye una entidad invariable. Tengo para mí que esto resultaba, en gran parte, de la subordinación y rigor lógico impuestos por el poeta a la expresión de sus ideas, sensaciones y percepciones de las cosas descriptas; procedimiento griego por excelencia en el arte de construir lo mismo templos que poemas.

Véase en el canto traducido cómo Hermes da a Calipso el mensaje de Zeus con tal fidelidad, que no le ahorra detalles sobre la guerra de Troya y el naufragio de Ulises, aun cuando ella lo sabe mejor; no sólo por haber salvado al héroe en aquel trance, sino porque lleva ya siete años de vivir con él como esposa (versos 105 a 111).

Cuando Hermes se sienta a la mesa de Calipso, «bebe y come» (verso 94). Esta aparente inversión de las operaciones habituales, no es tal cosa; sino que como se trata de un viajero fatigado por largo viaje sobre la mar desierta, seguramente ha de beber primero (6). El orden natural impera no bien se trata de una comida ordinaria como la que luego reúne a la ninfa y a Ulises. Aquélla dispuso vituallas «de comer y beber» dice el verso (197); y más abajo: «comieron y bebieron» (201). Cuando uno interpreta o traduce a Homero, hay que andar muy advertido

(6) Véase hasta dónde llega el rigor lógico en la redundancia del verso siguiente cuya traducción literal dice: «Pero después que hubo comido y satisfecho su corazón con el alimento». Primero la comida; después la satisfacción. Yo he ganado un verso entero, diciendo en el segundo hemistiquio del anterior: «bebió y comió a su antojo».

con estos detalles, pues él no pone las cosas por ponerlas, no más; sino que, a pesar de su prolijidad, dice mucho todavía con lo que calla.

He citado al respecto un rasgo de este mismo canto en mi cátedra de estética.

Al salir Ulises del mar, buscó abrigo entre dos arbustos: un olivo y un acebuche que juntos brotaron y crecieron. Adviértase, dije, cómo el poeta no mezcla a su capricho los árboles. Lo hace conforme a la especie vegetal, pues el acebuche es el olivo silvestre. Además, los sitúa en una altura, conforme a la preferencia de estos árboles, sobre todo cuando hay agua cerca — tal cual sucede — pues temen mucho la humedad.

Permítaseme insistir un poco sobre el particular, pues, como he dicho, en este canto, tan sólo, contienen un paisaje los poemas homéricos.

De la doble enumeración vegetal que nos ofrece (versos 60, 63-64, 68-69, 72 y 239) resulta poblada la isla por alisos, álamos, abetos, cipreses, cedros, tuyas y viñas; mientras en sus prados medran floridos el apio y la violeta. Alisos y álamos, van siempre juntos en el verso; pues, aunque su especie es distinta (7) aproxímanlos mucho las preferencias y el porte, que es también causa de asociación forestal. El ciprés y el abeto, coníferas ambos, vienen después. La leña

(7) Respectivamente «betulácea» y «salicínea».

de cedro y de tuya pertenece a plantas de la misma familia. (8)

Si, como todo parece establecerlo, la isla de Calipso hallábase en el Mediterráneo, la asociación de aquellas plantas es perfectamente natural; bastando, para el caso, tomar como ejemplo la flora de Córcega, que es la mejor estudiada. (9)

Notamos, desde luego, en el aliso y el álamo negro, que es el mencionado con su nombre propio, la preferencia por el agua corriente, sobre todo de arroyo: condición que realizan las cuatro fuentes nacidas en torno de la gruta. Al soto que estos árboles forman con el ciprés, llámale Homero «lujuriente», y esto ha de ser por algo. Si recordamos la leña de cedro y de tuya, que de ahí mismo debió salir, y el abeto, ya tenemos la razón; pues todas esas coníferas son de follaje perenne. No obstante, el álamo tiene su hoja caediza; pero la variedad «cordifolia» del aliso, que es, precisamente, la insular, mantiénese frondosa hasta muy entrado el invierno. La circunstancia de hallarse la viña cargada de racimos, y florecientes el apio y la violeta, permítenos inferir que era el otoño: con lo cual todo se precisa y concilia; pues sólo queda por excepción un árbol de hoja caediza.

(8) Ver el admirable estudio de V. Bérard, op. cit. T. I., lib. III, cap. III.

(9) D. Viviani, «Florae Corsicae Prodromus», donde están todas las plantas mencionadas por Homero.

Asimismo, todos aquellos troncos que labrará Ulises, suministran maderas de construcción naval. El abeto común, al cual se refiere Homero, tiene la propiedad de henderse a lo largo; siendo por ello empleado principalmente para mástiles, antenas, vigas y tablones: las piezas todas de la balsa de Ulises. (10). El álamo negro, o chopo temblón, posee cualidades análogas, sobre todo por sus tablas ligeras y fibrosas, siendo en Europa el tipo de las maderas blancas. Por último, el aliso es particularmente bueno para la construcción naval, a causa de que su madera no se deteriora en el agua (11). Y sólo nombra estos árboles, porque eran los preferidos para la carpintería naval, aunque también se usaba en ella el ciprés: de suerte que sin mengua de la estética forestal ni de la botánica, el canto menciona todas las maderas útiles (12). Así la belleza, el bien

(10) Trátase del abeto llamado «élate» en el poema; origen del latino «linter», canoa.

(11) Recuérdese el verso como flotante de las Geórgicas (lib. I): «Tunc alnos primum fluvil sensere cavatas».

(12) Es curioso que las aves de la isla mencionada en estos versos sean todas de presa: buhos, halcones y cornejas de mar. Obsérvese que, a pesar de esta circunstancia, representan las tres el medio acuático y el subaéreo, todavía subdividido este último entre un ave de altanería (el halcón) y otra de cetrería (el buho), que a pesar de su bajo vuelo, es voladora como dice el verso. Los antiguos, hasta Aristóteles inclusive, clasificaban las aves por esa doble condición de volar. Añadiré que los «skopes» del texto son, para otros, lechuzas, mientras Plinio los consideraba «pájaros ya desaparecidos». He optado por el buho común de Europa, a causa de su habitat, de sus preferencias en la instalación y de lo muy considerado que era entre los antiguos. Advertiré, por último, que los tres volátiles citados resumen, también, el día y la noche. Como todos los grandes poetas, Homero es cíclico en conjuntos y detalles.

y la verdad andaban juntos en el arte griego. El rigor lógico es también completo al describirse la construcción de la balsa: quilla, puente, cubierta, mástil, entena, timón y velamen; o sea el orden que se sigue en la disposición completa de una barca. La precisión es tal, que ni una sola vez se da el mismo nombre a la almadía y a las otras naves citadas en el texto.

Pero la nitidez y la proporción así resultantes, constituyen, si la traducción ha de conservarlas, honradamente, dificultades muy serias. A ello debe agregarse la falta de correspondencia entre los epítetos homéricos, tan peculiares, y nuestras voces de igual oficio.

Sin querer con ello rehuir la dificultad, voy creyendo más cada día que bajo la influencia de los etimólogos y comentadores, hemos creado en eso una dificultad pedantesca.

Todos los traductores — y yo entre ellos, por timidez resultante de mi insuficiencia — vierten aquellos epítetos descomponiéndolos en las palabras de que suelen estar formados; pues el griego, como el alemán, tiene esa facultad poderosa. Tal ocurre desde los latinos que lo intentaron con éxito mediocre; y esto se explica. Lo propio que en alemán, y en cualquier idioma, el vocablo constituido por la combinación de otros, no significa lo que ninguno de ellos, ni lo que todos juntos analíticamente considera-

dos; pues de suceder esto, resutará inoficiosa aquella misma operación.

Así, cuando el poeta llama a los aqueos «Karekomóontes», les dice simplemente «cabelludos», y no «cabezas de cabello abundante», como resultaría aquella voz descompuesta en sus elementos. Aquí el que redundara no sería Homero, sino su traductor. Cuando él llama «alfesíboios» a un objeto precioso, no quiere decir «que vale bueyes», lo cual constituiría absurda regresión al origen arcaico de esa palabra, sino «precioso» o «valioso». El epíteto de Poseidón o Neptuno, «ennosigeos», significa literalmente conmoción de la tierra, y lo traducen «el que conmueve o sacude la tierra». Creo, aunque he seguido ese procedimiento por no disonar, que su verdadera traducción sería «tremebundo»; y he aquí, entre paréntesis, un tema digno de la Facultad de Letras.

Las deidades femeninas son generalmente «eu-plókamos», lo cual resulta en mi traducción conformada a los moldes consuetudinarios, «la del pelo bien rizado», «la del hermoso pelo o cabello», «la de la linda guedeja»; pues literalmente descompuesta, todo eso puede resultar la voz: de «eu», bien, bueno, en sus vastísimas acepciones, y «plókamos» bucle, rizo, guedeja. Pero, de haberme atrevido, habría puesto siempre «crespa», no sólo porque Homero nunca emplea la misma voz con distintas acepciones, sino por-

que en la iconografía pagana todas las diosas eran crespas.

El sobrenombre de Hermes, «diáktoros argeifontes», o «argeifontes» solamente, lo he vertido por «fautor argicida». Esta última voz, que la tomé de Segalá y Estalella (13), significa como la original «matador de Argos». «Fautor», literalmente «el que favorece», reproduce la acepción de «diáktoros»; y aunque «ahora se toma generalmente en mala parte», al decir de la Academia, todavía corresponde bien, pues Hermes solía desempeñar, precisamente, las comisiones amorosas de Zeus.

A Calipso llámala siempre el poeta «divina entre las diosas». Aquí he resumido las acepciones analíticas, para traducir simplemente «divina», y véase por qué.

Los antiguos reconocían diversos géneros de divinidad, empezando por los dioses del Olimpo. Seguían las deidades menores, y por último los hombres de linaje divino. Este epíteto correspondía, pues, a todos; mas, para diferenciar el carácter de cada uno, los olímpicos no lo recibían generalmente, por tener adjetivos propios; los humanos lo llevaban simplemente, y los inmortales como Calipso eran, por esta última condición, divinos entre los dioses. Aunque los tres cultos de dulia, hiperdulia y latría (de Dios, de

(13) Versiones en prosa castellana de la Iliada y de la Odisea.

la Virgen y de los santos) indican que el cristianismo copió aquella división, «divino entre los dioses», carece para nosotros de significado, porque no somos politeístas. Reviste mayor eficacia bajo nuestro concepto de modernos, la divinidad sobreentendida en la naturaleza de ninfa, que es la de Calipso. Tampoco creemos en los hombres divinos, y a ello contribuyen las acepciones del latín clásico. Así, «divus» significaba en Roma dios de segundo orden, con sentido análogo al de nuestra voz «santo»; y por ello el emperador divinizado, o, como diríamos nosotros, canonizado, era «divus». Igual es el valor del griego «dios», «día», que engendró el mencionado «divus», a través de la forma arcaica «dius». Cicerón en la defensa de Arquías llama «hombre divino» a Escipión el Africano.

«Crisótronos» es un epíteto de Artemis y de otros númenes, que, de acuerdo con los traductores consuetudinarios, sale en mi versión «la del trono de oro». Valdría más decir rotundamente lo mismo, como decimos «crisántemo», que vale «flor de oro».

Las flechas de la mencionada deidad son «ága-nois», dulces, en el texto. Yo he dicho «dardo indoloro» para significar la virtud de penetrar sin ser sentido, por su extrema agudeza; pues no se trata, a ojos vistas, de sabor o deleite, sino que por «dulce» debe entenderse la cualidad de agudo, tal como en el romancero del Cid se lla-

ma «espadas dulces» a las que son muy filosas, y como nosotros damos igual nombre al fierro libre de impurezas.

Existen, por último, los significados relativos que no se corresponden exactamente.

Así, cuando Homero quiere designar, por ejemplo, al carnero padre o morueco, usa la voz «arneiós» en el poema; pero, cuando se trata de un carnero en general, dice «ársenos oíos», un macho ovejuno. A nosotros nos basta «carneros», aun cuando tengamos también «morueco». Del propio modo, antepone al nombre genérico «ovino» el epíteto «zelys», femenino, para decir oveja. Aunque la voz inglesa «sheep» equivalga al «oís» griego (14), un traductor inglés emplearía mal la locución «female sheep», cuando tiene en su lengua el vocablo «ewe», que significa oveja, y que, como esta misma voz castellana, procede, precisamente, del griego «ois» a través del «ovis» latino.

No es posible, pues, traducir literal, o mejor dicho, etimológicamente aquellos epítetos. Así hemos llegado, paradoja ridícula si las hay, a saber más griego que Homero; y basta enunciar este resultado para comprender su intrínseca falsedad.

(14) El francés *mouton* es también genérico; y todavía el inglés *mutton* refiérese principalmente a la carne ovejuna. En cambio, el italiano generaliza, como nosotros, por la oveja *pécora*, de *pecus*, ganado.

Entretanto, hágase cargo el lector de mi situación.

Un ensayo como este, no es materia apropiada para reformas de tanto alcance que sólo tendrían eficacia en la versión completa de los poemas. Valía más, entonces, seguir el camino trillado, sin agravar con nuevas complicaciones la ardua labor. Mas, no porque me acobardara la responsabilidad, sino porque el tiempo me escasea con la sobra de fatigas estériles...

Otra grave dificultad para traducir, la constituyen los versos que el poeta repite cuando se reproducen las escenas o estados de la naturaleza y del alma por aquéllos descriptos. Trozos enteros de la traducción resiéntense alguna vez con la necesidad de subordinarse a esos estribillos de pie forzado.

Creo, por último, no deber sino una explicación de cumplimiento para ciertas frases expletivas que usé, pues ello era mi derecho, a la sola condición de resultar aquéllas meros complementos sin acción modificadora. Por lo demás, no hay sino tres objetables por excesivas, y son los tres últimos hemistiquios de los versos que dicen:

Y escollos y peñascos de ascensión imposible.

Y abrigado del viento, conoció en el murmullo.

Besó la fértil tierra donde había abordado;

correspondientes a los exámetros 405, 440 y 463

del poema. Tales son las mayores dificultades que hallé y el modo como creí deber rodearlas.

Pero ya he dicho que hay también apreciables ventajas, como la mencionada del epíteto «divino» bajo nuestro actual concepto. El hábito de la elipsis suministra otras. Así, por ejemplo, cuando el poeta narra cómo la balsa de Ulises era combatida por los contrarios vientos, dice en dos exámetros: «Ora el Noto ofrecíala al Bóreas que la arrebatava, ora, del otro lado, el Euro cedíala al Céfito para arrastrarla». Cada verso obedece a la ley de simetría en cuya virtud requiere uno cada pareja de vientos. Sin alterar este principio arquitectónico que me parece digno de conservación, tanto como el texto mismo, lo he reducido a los dos hemistiquios de un solo verso, diciendo:

“Y como Noto a Bóreas, Euro a Céfito la echa”.

Otro ejemplo:

Los versos 16 y 17, dicen que el héroe «no tiene navíos de remo ni compañeros que le conduzcan sobre la ancha espalda del mar». Yo he puesto «fáltanle navíos y remeros», sobreentendiendo a nuestro modo, en esta última palabra, la condición de las naves. (15)

Mas, no se crea que esto es un abuso. Los propios griegos, de acuerdo con las variaciones

(15) La ninfa repite dichos versos que son en su boca el 141 y 142, sin más diferencia que *moi*, yo, por *oi*, él, en la tercera sílaba del primer dáctilo.

inevitables del idioma, fueron modificando a través del tiempo el texto de la Odisea; pues lo esencial, para ellos, era entenderla bien. Así se hizo en España con el romancero anticuado, y yo lo efectúo al mismo fin, bien que sin tanta amplitud ni mucho menos.

Bajo este concepto, creo que mi mayor audacia consiste en haber puesto «petrel», donde el verso 51º. dice «pájaro laro», que, estrictamente, es gaviota, para comparar el vuelo rasante de Hermes sobre las aguas. La peculiaridad de sostenerse sobre las olas como si fuera caminando por ellas, concierne, sobre todo, al petrel; sin contar con que los géneros de ambos palmípedos, «larus» y «procellaria», son muy parecidos, que éstos pertenecen al grupo de las aves «longipennas», y que habitan los mismos mares (16).

En cambio, he conservado celosamente la comparación relativa al pulpo (versos 432-33), que tal vez suministra un dato precioso para la cronología homérica. Dicho animal figura con profusión en las decoraciones de la cerámica micénica, cuyo esplendor culminó durante los siglos VIII y IX a C., o sea la época presunta de los poemas (17). La metáfora es también una forma de decoración verbal; y el modo como aquélla está empleada, sin explicación alguna, prueba que

(16) W. Thompson D. Arcy, *A Glossary of Greek Birds.*

(17) Morin Jean, *Le Dessin des animaux en Grèce.*

sus elementos eran corrientes en tiempo del poeta. De lo contrario, éste habríanos relatado la operación de la pesca y las particularidades del animal, como lo hace siempre en casos semejantes. Añadamos otro detalle significativo: la insistencia en precisar que la balsa de Ulises era ponteadada (versos 163^o., 64^o. y 252^o.-52^o.) parece referirse a un progreso reciente, y por tanto notable, de la arquitectura naval; y sabemos por Tucídides que la trirreme se inventó en Corinto en el siglo VIII. Esta clase de nave era la única que exigía puente: el detalle repetido como por más notable, pues, de cierto, no predominaba su importancia (18). Recuérdese, por último, que este canto V parece ser el primero entre los más antiguos de la Odisea; y con ello, la rapsodia inicial. (19)

Tal es lo que para mi resguardo he creído deber advertir. El resto corresponde al juicio del lector, que mi decoro me impide solicitar favorable. Tampoco he de negar que su satisfacción me interesa, pues con tal fin trabajé, pretendiendo realizar obra de cultura.

Creo que, como nunca, la necesita el país en esta hora grave.

(18) Parece que a la misma época correspondió la subdivisión fundamental entre naves de remo y de vela, o sea las agudas y las redondas. Homero conocía de cierto, según puede notarse, respectivamente, en el canto XIII, versos 70 a 92, y en éste (versos 249.^o - 54.^o)

(19) Según lo ha demostrado Adolf Kirchhoff en *Die Homerische Odyssee*, la parte más antigua del poema está formada por los versos del canto V hasta el 184 del XIII.

Suspensa por tremenda catástrofe la obra de su progreso material, necesita, ahora, ocuparse de su espíritu. Para esto, nada tan eficaz como remontarlo a la fuente de belleza y de heroísmo que es la cosa helénica, eternizada treinta siglos ha por los versos de ese antiguo. Como quien llega a la cumbre de un monte que la distancia tornó sombra violeta, y allá espaciado contempla la celeste infinitud y la mar divina que parecen dilatarla, mientras van despertando las estrellas en el seno de la eternidad; y su mirada sigue sobre la tierra el sendero que ahondaron sus padres, y le viene con ello una grave ternura semejante a la emoción de la preñez, lo que siente de tal modo cómo en su ser reviven aquellas pasadas generaciones, infundiéndole, cierta, la noción de la inmortalidad: así este canto sírvale para dilatarse en el alto reposo donde señorea sobre tiempo y espacio la gloria de su gente. La estrella que viene rayando esa cumbre tiene la misma firmeza de su destino. Aquella sombra purpúrea que parece espiritualizar la montaña, es la profundidad del ensueño en que la Belleza flotó dormida veinte siglos como el agua en el seno de las cavernas. Y el inmenso azul de la esfera es la serenidad de los númenes amables que van a volver, mientras muere su segunda muerte de sangre y de horror el dios siniestro de Galilea.

EL CANTO V DE LA ODISEA

(Traducción)

Del lecho del preclaro Titón salió la Aurora,
Llevando a dioses y hombres la luz. Siéntanse aquéllos
En coro, y el supremo Zeus tonante entre ellos
Mientras Atena, hablándoles de Ulises, rememora
Cuántos dolores sufre, cautivo en la morada
De la ninfa, pues vive por él preocupada:

«Padre Zeus, deidades eternas y dichosas,
Que los reyes que portan cetro desde hoy no sean
Afables, blandos, buenos, ni a la equidad provean;
Sino que, siempre duros, hagan injustas cosas,
Ya que al divino Ulises nadie recuerda en tantos
Pueblos que él, como padre clemente, gobernara.
Allá en una isla, presa de indecibles quebrantos,

En el palacio de la ninfa Calipso para,
Retenido a la fuerza, sin poder regresar
A su patria, pues fáltanle navíos y remeros
Que le conduzcan sobre la ancha espalda del mar;
Y hasta intentan matarle su hijo querido, cuando
Vuelva éste de la santa Pylos y de la pía
Lacedemonia, adonde fué sus nuevas buscando.

El nubígero Zeus le respondió:—«Hija mía,
Qué palabras franquearon la barra de tus dientes!
¿Tú misma no has dispuesto que Ulises tornaría
Para vengarse de ellos? Ve, pues, y cuerdamente
Procura que Telémaco—tal es tu poderío—
Vuelva a su patria incólume, y que los pretendientes
Retroceder, entonces, deban con su navío.

Dijo, y luego encarándose con Hermes, su hijo amado:
—Hermes, que eres de toda noticia mensajero,
Ve a decir a la ninfa del pelo bien rizado,
Lo que, en verdad, respecto del bravo Ulises, quiero.
Que vuelva sin ayuda de dioses ni mortales,
En bien ligada balsa, sufriendo nuevos males,
Y arribando el vigésimo día a Esqueria la fértil,
Tierra de los feacios de devoción cumplida,
Que grande y cordialmente le honrarán como a un dios,
En un barco llevándole a su tierra querida,
Después de haberle dado mucho oro y bronce en pos,
Y ropas y presentes, como jamás trajera
Ulises, si de Troya sin pérdidas volviera,
Cuando obtuvo al sorteo su parte del botín;
Pues el hado dispuso que a sus amigos viera,
Y a su patria y a su alta mansión llegara al fin.

Así habló, y no fué indócil el fautor argicida.
Bellas sandalias de oro y ambrosía, al momento
Calzó, que por el piélagos y la tierra extendida
Le transportan veloces como el soplo del viento.
Empuñando la vara con que rinde dormida
A la gente, y lo mismo, si duerme, la despierta,
El potente Argicida se echa luego a volar;
Posa en la Pieria un punto, del éter cae al mar,
Y sobre el agua apúrase cual petrel que se arroja
Tras los peces, al vasto seno del mar estéril,
Y en el agua salobre su ala tupida moja:
Así Hermes va el olaje numeroso rasando.
Llegado a la remota isla, hizo pie, dejando
Por la tierra el morado mar, para ir al encuentro
De la ninfa de hermoso pelo, a quien halló dentro
De una vasta caverna que tenía por suya.
Alzábase un gran fuego en el hogar; olía
Desde lejos la leña de hendible cedro y tuya,
Mientras ella, cantando dulcemente, tejía
Con una lanzadera de oro. Un lujuriente
Soto de alisos, de álamo y de ciprés fragante
Rodeaba la caverna; mil aves voladoras
Cornejas de mar, listas en el trajín marino.
Abrazando la cóncava gruta, una floreciente
Viña cargada de uvas trepaba. En cristalino
Raudal se difundían, próximas, cuatro fuentes,
Sobre blandas praderas de apio y violeta en flor.
Viendo aquello, hasta un numen habríalo admirado
Con gozo cordial. Luego que hubo también gustado
El fautor argicida de todo aquel primor,
Entróse a la ancha gruta, donde, al verlo delante,
La divina Calipso lo conoció al instante:
Porque los inmortales conócense entre sí,

Aunque alejados moren; pero no encontró allí
Al magnánimo Ulises, quien, cual siempre, lloraba
Sentado en la ribera, desde donde miraba
Con los ojos clavados sobre el mar infecundo,
Roto el pecho a las ansias de su llanto profundo.
La divina Calipso preguntó a Hermes, en tanto
Que un brillante y magnífico asiento le ofrecía:

—¿Por qué, oh Hermes de la áurea vara; querido y
Vienes a mí, cuando antes era tan raro verte? [santo,
Mas, dime lo qué piensas, pues quiero complacerte
Si está en mi mano, y sígueme, que a tu divinidad
Voy a ofrecer los dones de la hospitalidad.

Diciendo así, la diosa dispúsole una mesa
Que llenó de ambrosía, mezclando el néctar rojo.
El fautor argicida bebió y comió a su antojo;
Y entonces, de esta suerte le habló:

—Pues te interesa

Saber para qué, oh diosa, como dios he venido,
Te lo diré fielmente, tal cual me lo has pedido:
Zeus, a pesar mío, me ordenó que viniera;
Pues tanta agua salobre, nadie cruzar quisiera,
Sin tener próxima una ciudad de los mortales
Que a los dioses inmolan la hecatombe excelente.
Pero, no hay dios que eluda o infrinja, ciertamente
La voluntad de Zeus porta-égida. Este dice
Que contigo hay un hombre que es el más desdichado
De los que por nueve años combatieron en torno
De la ciudad de Príamo, y habiéndola arruinado
El décimo, emprendieron hacia su hogar, retorno,
Mas, en esto, ofendieron a Atena, quien contra ellos
Alzó funesta ráfaga y tempestuoso mar.

Sus bravos camaradas murieron todos, y a éste,
 El viento y la onda echáronlo, y aquí vino a parar.
 Zeus te manda ahora que le sueltes, tan presto
 Como sea posible, pues su hado no ha dispuesto
 Que aquí muera, apartado de sus amigos, sin
 Volver entre ellos; antes que de nuevo los viera,
 Y a su patria y a su alta mansión llegara al fin.

Dijo así. La divina Calipso tembló entera
 Y en aladas palabras le habló de esta manera:

—Sois, oh dioses, cual nadie malignos y celosos
 Para envidiar a aquellas diosas que, sin enredos,
 Se acuestan con los hombres que eligen por esposos.
 Así, cuando la Aurora de los rosados dedos
 Raptó a Orión, envidiásteisla, dioses que vivís ledos,
 Hasta que fué la púdica Artemis trono de oro,
 Y lo mató en Ortigia con su dardo indoloro.
 Así, cuando Deméter de la linda guedeja
 Cedió a su amor y unióse con Jasón tiernamenté,
 Siendo su lecho un campo labrado a triple reja,
 Zeus, no bien lo supo, lo hirió con rayo ardiente:
 Tal, del hombre que tengo, nueva envidia os aqueja.
 Yo lo salvé. Iba solo y en la quilla montado
 De su nave, que Zeus había destrozado
 Sobre la mar viñosa, con el rayo celeste.
 Sus bravos camaradas murieron todos, y a éste,
 El viento y la onda echáronlo, y aquí vino a parar.
 Lo amé, nutrilo, y muchas veces le ofrecí al par,
 Hacerlo inmortal y a la vejez siempre insensible;
 Mas, si que un dios eluda o infrinja es imposible
 La voluntad de Zeus porta-égida, así sea.
 Que él lo impulse al estéril mar, si tal lo desea;

Pues, por mi parte al menos, yo no lo he de soltar,
Porque no tengo a mano navíos ni remeros
Que lo conduzcan sobre la ancha espalda del mar.
Sólo he de darle, afable, consejos verdaderos,
Para que pueda, incólume, a su patria llegar.

El fautor argicida repúsole:

—Haz que así

Regrese ahora, y teme la cólera de Zeus;
No sea que éste, luego, se indigne contra tí.

Tal dijo y alejóse de ella el fuerte argicida.
La augusta ninfa en busca fué de Ulises magnánimo,
Después que tuvo la orden de Zeus recibida.

Sentado en la ribera lo halló, mientras gustaba
Su dulce vida en penas de ausencia, y en constante
Llanto sus ojos, desde que ya no le agradaba
La ninfa. En la honda gruta por fuerza aún dormía,
Pues sin que él la quisiese, la diosa lo quería;
Mas, llorando en la ríspida costa el día pasaba,
Con los ojos clavados sobre el mar infecundo,
Roto el pecho a las ansias de su llanto profundo.
La deidad, allegándose, dijole:

—Infortunado,

No te mates gimiendo, pues quiero de buen grado
Que partas. Ea, corta maderos y prepara
Con el bronce, ajustándola bien, una ancha almadía
Que tillarás con tablas encima unidas, para
Que pueda transportarte sobre la mar sombría.
Pondré en élla pan y agua y un cordial vino rojo
Que del hambre te libren, y te aviaré de ropa,
Y un adecuado viento te haré soplar de popa,
Con que puedas, incólume, a tu patria llegar.

Tal disponen los dioses que el vasto cielo habitan,
Y que mejor las cosas previenen y excogitan.

Dijo; el divino y pródigo Ulises tembló todo,
Y en aladas palabras repuso de este modo:

—Algo, en verdad, distinto del regreso meditas
Oh diosa, cuando en una balsa a pasar me invitas
El mar terrible y arduo que no pueden cruzar
Ni las parejas raudas naves que alegra el viento
De Dios. Aun contrariándote, así no he de bogar,
Si antes no me aseguras con un gran juramento,
Que contra mí no abrigas otro pérfido intento.

Tal dijo; la divina Calipso sonrió,
Y luego, acariciándolo con la mano, así habló:

—En verdad, sabio y hábil eres cuando tal dices,
Mas, sépanlo la tierra, y el vasto firmamento,
Y el agua de la Estigia que los dioses felices
Tienen por el más grande terrible juramento,
Que contra ti no abrigo ningún pérfido intento.
Sólo he de aconsejarte lo que yo misma hiciera
Si, acaso, en parecida necesidad me viera;
Pues mi intención es justa, y aquí en mi pecho encierro
Un alma compasiva, no un corazón de fierro.

Cuando así habló, la diosa precedióle de prisa,
Y él siguió sus pisadas. Llegaron de tal guisa
A la profunda cueva la deidad y el varón.
En el asiento que Hermes había abandonado,
Aquél, seguidamente, tomó colocación;
Y la ninfa dispuso las vituallas variadas

Que los mortales comen y beben, y sentóse
Frente al divino Ulises. Trajeron las criadas
Para ella la ambrosía y el néctar. Cada uno
Echó mano a las viandas que tenía ante sí,
Y después que a su gusto comieron y bebieron,
La divina Calipso comenzó a hablar así:

—Divino Leartíades, Ulises industrial, ¿Quieres, pues, sin demora volver a tu morada
Y a tu cara tierra? Esto, no obstante, sé dichoso.
Mas, si acaso supieses cuánto mal aun encierra
Para tí el destino, antes que llegues a tu tierra,
Quedárate conmigo viviendo acá, y serías
Inmortal, aunque siempre desearas ver tu esposa,
Tal como ahora quieres verla todos los días.
Pretendo, ciertamente, no ser menos hermosa
De cuerpo ni de talle, porque jamás podría
Medir su belleza una mortal con una diosa.

El ingenioso Ulises respondió:

—Soberana

Deidad, no te disgutes conmigo. La prudente
Penélope, no puede, lo sé, ponerse frente
A tí en gracia y belleza, puesto que ella es humana
Y tú inmortal y exenta de vejez; mas, con todo,
Lo que diariamente quiero y busco, es la vuelta
A mi hogar, y ver ese día. Aunque de tal modo,
Un dios me hunda en la negra mar, con alma resuelta
Sufiré, pues soy dueño de un pecho sin quebrantos;
Y los males que ahora vengan, sumaré a tantos
Que en la guerra y las ondas del mar he padecido.

Así habló. El sol hundióse; las tinieblas llegaron;
Y habiéndose a la gruta cóncava recogido,
Ambos, uno junto a otro, de ternura se hartaron.

No bien llegó la Aurora de los dedos de rosa,
Cuando revistió Ulises su túnica y su manto,
Y la ninfa una ropa talar, fina, graciosa
Y blanca. Un bello cinto de oro ajustó, entretanto,
A su talle, en su linda cabeza un velo puso,
Y al magnánimo Ulises el regreso dispuso.
Dióle una hacha de bronce, grande y de buen manejo,
Con dos filos y a un sólido mango de olivo puesta,
Y una azuela cortante. Llevóle después lejos
Al extremo de la isla, donde una alta floresta
Alzábase de alisos, álamos y eminentes
Abetos, que resecos de antaño, por ardientes
Soles, hallábanse aptos para flotar; y cuando
Le mostró aquellos árboles que allá fuéronse alzando,
La divina Calipso regresó a su morada.

Entró él a cortar troncos, y presto fué acabada
Su obra. Derribó veinte, labrólos con el bronce,
Y puliéndolos, hábil, los escuadró a cordel.
La divina Calipso volvió, llevando entonces
Barrenos con que fuera taladrándolos él,
Para el mejor ajuste del clavo y la chaveta.
Hizo una balsa Ulises, tan capaz y completa,
Cual la quilla que hubiese puesto un buen calafate
A una grande urca; en recias vigas afirmó el puente,
Y con tilla de largas tablas le dió remate.
Armó después un mástil con su correspondiente
Entena, y el ingenio de un timón bien rodeado
Con un zarzo de mimbre que, así, de las procelas
Lo resguarde; y por lastre mucha madera ha echado.
En tanto, la divina Calipso llevó telas
Para el velamen, con que también hizo él las velas,
Y arrollando en la balsa maromas y bolinas,
La botó con palancas a las ondas divinas.

Al cuarto día estaba ya todo pronto; al quinto,
La divina Calipso lo soltó del recinto
De la isla, bañándolo y poniéndole un traje
Perfumado. Un pellejo de negro vino, junto
Con otro mayor de agua, le dió para el viaje,
Y un saco de vituallas exquisitas; y a punto
Le envió una brisa plácida y templada. Contento,
El divinal Ulises largó su trazo al viento;
Y ante el timón sentado, con maña dirigía,
Sin darse un punto al sueño, las Pléyades veía,
Y el Boyero que tarde suele ponerse, y la Osa,
También llamada el Carro, que en un sitio fijada,
Gira a Orión acechando, y es la única privada
Del baño del Océano; pues Calipso la diosa,
Habíale prescrito que mientras navegara,
A su mano izquierda esa constelación dejara.
Así fué piloteándose sobre la mar, y al cabo
De diecisiete días, en el décimoctavo,
Vió alzarse las umbrosas montañas de la tierra
De los feacios, donde más próxima a él surgía,
Semejante a un escudo sobre la mar sombría.

En esto, el Poderoso que conmueve la tierra,
Regresando de Etiopia, vióle desde la sierra
De los solimos, mientras a lo lejos bogaba;
Y sacudiendo airado la cabeza, se dijo:

—Ah, los dioses mudaron su decisión, de fijo,
Respecto a Ulises, mientras yo en Etiopia me hallaba.
Ya se acerca a la tierra de los feacios, donde
Que se libre de tantas miserias, es fatal.
Mas yo haré, todavía, que sufra mucho mal.

Dice y junta las nubes y la mar desbarata
Con su tridente. En múltiple torbellino desata
Todos los vientos. Tierra y océano, con densa
Bruma encapota, y cae la noche desde el cielo.
El Euro, el Noto, el Céforo de tempestuoso vuelo
Y el etéreo Bóreas, revuelven la onda inmensa.
Sintió Ulises flaquearle corazón y rodillas,
Y gimiendo en su heroico pecho, empezó a decir:

—Ay de mí! Qué es por último lo que me va a ocurrir?
Témome que la diosa no haya estado en lo cierto
Al decirme las penas que sobre el mar abierto,
Antes de ver mi tierra debía yo sufrir;
Y que ahora todo esto no se empiece a cumplir.
Ah, con qué nubes Zeus los cielos encapota!
El mar ha conturbado y el vendaval me azota.
Mi pérdida es segura ya. Una y mil veces fueron
Más dichosos los dánaos que en Troya perecieron
Por los Atridas. Cómo no hallé mi fin entonces,
El día en que incóntables troyanos me cubrieron
Junto al Pelida exánime, con sus dardos de bronce.
Así las honras fúnebres habría yo logrado,
Y los aqueos diéranme gloria, cuando al presente,
Me depara, tan sólo, mísera muerte el hado.

Mientras esto decía, se alzó una ola imponente
Que lo golpeó terrible. Zozobró la almadía,
Y él fué a dar lejos de ella, soltando ya impotente,
El timón. Y un furioso turbión que confundía
Los vientos, quebró el mástil por la mitad, y velas
Y entena se abismaron en remotas procelas.

Así al choque de la onda por mucho tiempo hundido,
Pues la ropa que diérale Calipso, harto lo carga,
Al fin reaparece, botando el agua amarga
Que en su cabeza forma raudal. Pero aun rendido,
No abandona la balsa, y a través del olaje
Logra asirla y se sienta sobre su maderaje
Para evitar la muerte. La grande ola sombría,
Al azar de su curso llevaba la almadía.
Como al soplo del Bóreas de Otoño que la arroja
Por el llano, más prieta se traba la seroja,
Así al contrario impulso va la balsa maltrecha,
Y como Noto a Bóreas, Euro a Céfiro la echa.

Pero la hija de Cadmo vióle, Ino Leucotea
De los lindos pies, que antes mortal había sido,
Y ahora el vasto piélagos comparte y señorea
Con los dioses. De Ulises ella se ha condolido,
Al verlo errante y mísero, y en mergo transformada,
Vuela del mar, posándose en la balsa ligada,
Y dice:

—Desdichado! por qué es que así se irrita
En tu contra, y furioso tanto mal te concita
Poseidón que conmueve la tierra? Mas, por cierto,
No te perderá aun cuando lo quiera. Si de acierto
No careces, cual creo, procede así: Despoja
Tu cuerpo de ese traje; y al viento que la arroja,
Tu balsa entrega; entonces, nadando a brazo abierto,
De llegar a la tierra de los feacios trata,
Porque allá está tu suerte. Toma y a tu pecho ata
Esta inmortal diadema que te evitará todo
Mal y todo peligro; mas, cuando de tal modo
Toques la tierra, quitatela, y en el vinoso mar,
Arrójala bien lejos, sin volverte a mirar.

Diciendo así, entrególe su diadema la diosa,
 Y semejante a un mergo, volvió a la tempestuosa
 Mar cuyo negro olaje vino a cubrirla. Entonces
 Quiso el divino y pródigo Ulises discurrir,
 Y gimiendo en su heroico pecho empezó a decir:

—Ay de mí! Quizá tiende contra mí otra emboscada
 Un inmortal, tentándome a dejar la jangada.
 Mas, no he de obedecerle ya mismo, pues de cierto,
 Lejana aun ví la tierra que dice ser mi puerto.
 Es mejor, según creo, proceder de otro modo:
 Mientras con las escarpías resista la madera,
 Me sostendré aquí mismo, sobrellevando todo;
 Pero, si después la onda mi balsa destruyera,
 Nadaré, pues con otra cosa mejor no cuento.

Mientras así agitábanse su corazón y mente,
 Poseidón que conmueve la tierra, alzó una ingente
 Ola terrible y ardua que en su derrumbamiento
 Cayó sobre él como una bóveda. Y como el viento
 Sopla un montón de aristas, así el dios desencaja
 Las largas vigas; pero ya Ulises se ahorcaja
 En una, dirigiéndola cual si un caballo fuera;
 Despójase del traje que Calipso le diera,
 Y cruzándose al pecho la diadema, se tira
 De bruces a las olas, deseoso de nadar.
 El numen que conmueve la tierra, así lo mira,
 Y añade sacudiendo su testa:

—Véte a errar

Ahora por los mares donde tanto sufriste,
 Mientras junto a esos hombres, hijos de Zeus, llegas.
 Mas, ni así espero verte con tus desgracias triste.

Tal dijo, y azotando sus corceles, fué a Egas,
Que es donde se levanta su morada suntuosa.

Atena, hija de Zeus, quiso, en tanto, otra cosa.
Cierra a todos los vientos el paso y les ordena
Parar y los aduerme, sosteniendo tan sólo
Al aligero Bóreas con que la mar serena;
Hasta que así, librándose ya del trance supremo
Y de las Parcas, pueda, por fin, el noble Ulises,
Llegar a los feacios hábiles en el remo.

Dos días con sus noches vagó en la onda bravía,
Previendo a cada instante la muerte; pero cuando
La bien rizada Aurora comenzó el tercer día,
Paró el viento y la calma reinó. Entonces mirando
Con agudeza desde lo alto de una ola ingente,
Vió ante él la tierra próxima. Cual resulta de amable
A los hijos la vida de un padre que yacente
En largo mal consúmese, al poder de inclemente
Demonio, si los dioses danle alivio agradable,
Así a Ulises la tierra y el bosque parecieron.
Buscando costa firme donde hacer pie, nadaba;
Mas, cuando ya al alcance de la voz ella estaba,
Los ruidos del mar contra las rocas se sintieron.
Mugía la grande ola batiendo las orillas
Que rociaba de espuma, con ímpetu terrible.
Allá no se veía rada o puerto accesible,
Sino cantiles bruscos en salientes costillas,
Y escollos y peñascos de ascensión imposible.
Sintió Ulises flaquearle corazón y rodillas,
Y gimiendo en su heroico pecho empezó a decir:

—Ay! no bien deja Zeus que inesperada tierra
Vea ante mí, triunfando de este abismo que aterra,
Cuando no encuentro cómo del blanco mar salir,
Sino agudos escollos e inabordable roca
En que el potente olaje brama, y el pie no toca
Fondo, con que así pueda la desgracia eludir;
No sea que ingente ola me estrelle a la salida
Contra la roca, y frustre mi esfuerzo que desmaya.
Pero, si a nado, busco más allá oblicua playa
O manso puerto, temo que así como otras veces,
La tempestad me arrastre por el mar rico en peces,
Que hondo brama; o me lance contra mí, todavía,
Algún dios uno de esos monstruos que el mar encierra
Y la ilustre Anfitrite tan numerosos cría;
Pues sé cuán me odia el Inclito que conmueve la tierra.

Mientras así agitábanse su corazón y mente,
Una ola lo echó contra la fragosa rompiente.
El mar su piel habría desgarrado, y molido
Sus huesos, si allí Atena, la deidad ojizarca,
No le hubiese esta idea salvadora infundido:
Lanzándose a una roca, con sus manos la abarca,
Y así, gimiendo, deja pasar la ola y la evita;
Pero ésta, en su reflujó, vuelve y lo precipita
Mar adentro de nuevo. Cual se pega la grava
A los brazos del pulpo, de su cueva arrancado,
Tal la piel de sus recias manos se ha desollado
Contra las rocas, mientras lo cubre la onda brava.
Magüer el hado, entonces, fuera cierta la muerte
Del desgraciado Ulises, si la ojizarca Atena
No lo hubiese inspirado. Dejando lo más fuerte
Del encrespado olaje que en la playa resuena.
Nadó buscando un puerto o una playa serena,

Hasta dar con la boca de un río hermoso, cuyo
Lugar, que era el más propio por lo libre de rocas
Y abrigado del viento, conoció en el murmullo.
Y así al numen del río suplicó:

—Rey, escucha,
Pues quienquiera que seas vengo a tí, oh alabado,
Para evitar con la ira de Poseidón la lucha
Del mar. Es por los mismos númenes respetado
Quien llega errante y mísero, como yo ahora llego
A tu agua y tus rodillas. Sé, pues, de mí apiadado
Rey a quien me glorío de implorar.

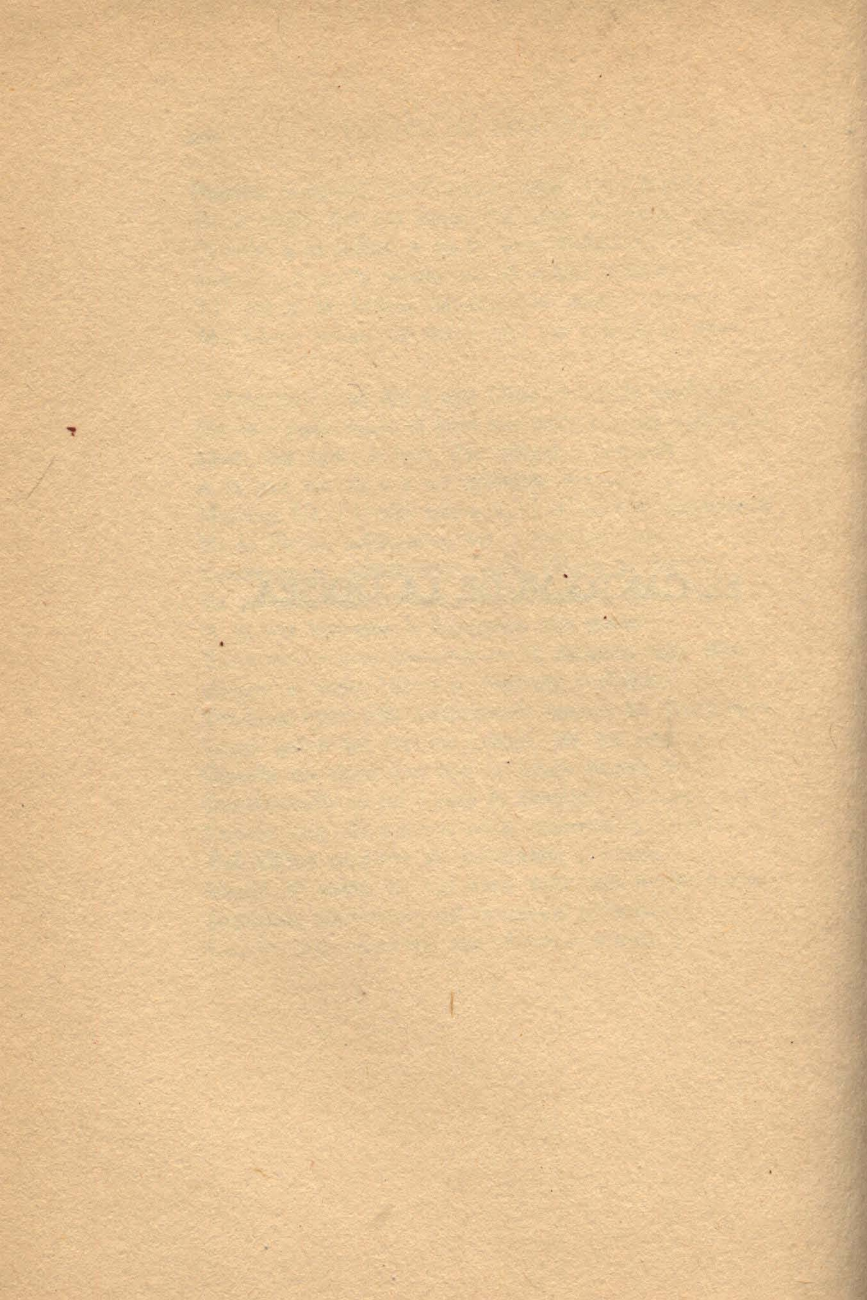
Dijo, y luego
Paró aquél su curso, hizo la calma ante el reinar,
Y así, en su embocadura salvó al héroe, en tanto
Que manos y rodillas doblaba éste al quebranto
Con que había domado su corazón el mar.
Su cuerpo hinchaba el agua que a chorros despedía
Por la boca y narices, tendido sin aliento,
Fuerza ni voz, y horrible cansancio lo oprimía.
Mas, no bien, jadeando, recobróse un momento,
Desató la diadema de la deidad y echóla
Al río que allá entrábase en el mar. La grande ola
Se la llevó en su arrastre, y así tóvola al punto
Ino en sus lindas manos; mientras él fuése junto
A un cañaveral, fuera del río, y allá echado,
Besó la fértil tierra donde había abordado,
Y gimiendo en su heroico pecho, empezó a decir:

—Ay de mí! Qué es, por último, lo que me va a ocurrir?
Si inquieta noche paso velando junto al río,
La maléfica escarcha y el copioso rocío

Pueden matarme, débil como estoy. Una helada
Brisa sopla del río antes del alba. Empero,
Si subo a la colina, y en la selva abrigada
Duermo, o en la tupida maleza evitar quiero
El frío y la fatiga, dándome al sueño, acaso
Me hacen presa las fieras que me salgan al paso.

Pensando bien, dió a este último lugar la preferencia.
Marchó, pues, hacia el soto que halló en una eminencia
Cerca del agua, y bajo dos arbustos crecidos
A la par, un olivo y un acebuche unidos,
Metióse. Ni el viento húmedo, ni el sol resplandeciente,
Ni la lluvia, calábanlos, tan apretadamente
Crecieron y enredáronse. Allá Ulises, al punto,
Se aparejó ancha cama con sus manos, pues junto
A él, era bastante la hojarasca que había
Para cubrir tres hombres en la estación más fría.
Alegre al verla Ulises el paciente y divino,
Tendióse entre ella, echándosela encima en densa capa.
Como quien en remoto campo, sin un vecino,
Guarda un tizón que con la negra ceniza tapa,
Conservando en tal forma la simiente del fuego,
Puesto que no tendría cómo encenderlo luego:
Así Ulises cubrióse de hojarasca, y Atena
Vertió el sueño en sus ojos, para que prontamente
Reposara, aliviándose del cansancio doliente:
Con lo cual, amorosa, sus párpados serena.

EL CANTO VI DE LA ODISEA



CONTIENE este canto de la Odisea el amable poema de Nausicaa, modelo de la joven cuerda y hacendosa a quien el principado no impide serlo, así como las mencionadas virtudes tampoco aminoran su gracia. Guardando hasta en la cantidad de material poético la debida proporción con el tema, este canto es también el más corto del ciclo odiseano; pero, lo mismo que todos los otros, sale completo como narración y perfecto en la creación del protagonista. De tal suerte, los personajes homéricos resultan prototípicos por lo acabados, sin que ninguno sea superior a cualquier otro bajo dicho concepto. El poeta manifiéstase grande en todos, porque suya

y no de los seres que describe es la condición de la grandeza. Así el rayo del sol dora con la misma generosidad la crin del pino eminente y las mejillas de la manzana.

Este canto es, por otra parte, la antítesis compensadora del tremendo combate con el mar que en el anterior libra Ulises náufrago y solo: la variedad necesaria que nunca olvida el maravilloso cantor, sobrado siempre de luz como el astro que decíamos. Si el héroe destacado entre los mejores por aquella prudencia valerosa que en sí resume toda cualidad viril, es el varón a quien desearían parecerse los mozos sensatos, Nausicaa es la doncella honesta y fiel con la cual quisieran casarse. Ella posee, además, la hermosura que el resplandece mejor con el agua roqueña; la arrogante juventud a que dan firmeza los salubres juegos; la delicadeza del rubor en que florece natural la inquietud de su primavera; la limpidez virginal que triunfa como el cielo azul en una claridad perfecta; la franqueza de su simpatía, más virtuosa que la esquivez del pudor; la dignidad nativa en la energía con que doma su miedo; la seguridad de la inocencia, más imperturbable que la pupila del león.

Nada enseña mejor la salud admirable de la antigüedad que este dechado de la doncella griega. Dueña de sí misma hasta la altivez, decidida hasta lo valiente, ignora la petulancia y el desdén, sendos equívocos de la impudicia. Su dig-

nidad se halla tan lejos de la insolencia, como el águila de la mosca. Del propio modo que en el candor del mármol cualquier peca es defecto de belleza y de solidez, en su claridad fuera mancha blanduja y vil el lunar de la tentación. Su coquetería se confunde con la gracia, que es un estado espiritual, para no ser una oferta comenzada o una entrega incompleta. Sus labios, que un día encenderá la pasión, hermosa como la vida, nunca serán los cojines en que esté relamiéndose la malicia, esa gata. «Virgen indómita» la llama el canto; y este adjetivo, sustantivado, es el nombre del diamante y del acero: «adamas». Pero todavía, aplicado a la doncella, toma el sentido de «intacta», que dijérase heroico. Así son de profundos en su claridad los epítetos homéricos que estudiaré algún día.

Celebra el canto en la persona de esa doncella ilustre, la nobleza de los pueblos marítimos, predilectos de Homero. Para asegurarse la libertad, los feacios, compatriotas de aquélla, habíanse instalado, «lejos del mundo culto», en la entonces remota isla de Corfú (Bérard, «Les Pheniciens et l'Odyssee», T. I. pág. 485). El mismo autor citado advierte con justeza cuánto asemejábanse aquellos antiguos a los ingleses actuales. Lo cual demostraría que la educación del mar hace a los pueblos libres, fuertes y generosos.

El nombre del fundador, Nausítoo, abuelo de Nausicaa, quiere decir literalmente «el gran nau-

ta». Y ella, a su vez, lleva el que significa «la marinera», porque los griegos acostumbran hasta hoy perpetuar en el nieto el nombre del abuelo. Alcínoo, padre de Nausicaa, toma el suyo del alción o martín pescador, pájaro litoral en Grecia (sp. *A. ispida*, L.); denotando, así, pertenecer a la legendaria familia de los Alciónidas, cuya misteriosa vinculación con la astronomía arcaica es uno de los más interesantes problemas mitológicos (Véase el eruditísimo artículo de A. W. Thompson en su «Glossary of Greek Birds», págs. 28 a 32). Conocida es la vinculación de Alcínoo con los argonautas y su papel en el casamiento de Jasón con Medea: por donde había intervenido en la expedición náutica más famosa de la antigüedad. Por último, a causa de la relación que dejó hecha Ulises con Nausicaa y sus padres, ciertos mitólogos la dieron por esposa a Telémaco. Nadie, por cierto, la merecía como él.

He seguido en esta versión el mismo sistema de trasladar los exámetros por alejandrinos, lo cual me da una vez más el mismo número de versos: 331, robusteciendo mi opinión de que dicho verso moderno es el exámetro romanceado. Insisto también en el método de llevar por momentos la narración al tiempo presente, que la varía y aligera, ya que nuestro verbo es tan inferior al griego en riqueza y flexibilidad. El mismo poeta suele usar un procedimiento análogo, conducente a dicho fin; y para no salir de este canto,

el verso 157°. presenta un ejemplo de concordancia por el sentido, en vez de por la sintaxis, y un trueque de casos que lo confirman.

Advierto nuevamente que alguna vez traduzco por «noble» el epíteto «divino» de los héroes, ya que, significando éste «hijo de Dios», califica el linaje tanto como el específico «eugenes»: bien nacido. Homero, por lo demás, emplea también esta sinonimia. El «nobilis» latino, que proviene de «noscere», conocer, bajo la misma acepción de nuestro «gente conocida», declara el linaje ilustre, en satisfactoria correspondencia con la mencionada divinidad. Así lo uso en el primer verso del canto.

En el octavo, traduzco por «mundo culto» la genérica expresión «hombres industriosos», que nada nos diría, extraviando más bien nuestro juicio. Los feacios, dice Bérard (loc. cit.) habíanse instalado, para evitar la persecución de los cíclopes, entre los hombres que comían pan, o sea los civilizados, y los salvajes de las costas inexploradas. Así, Nausicaa dirá más adelante que los feacios moran «en los confines del mar alborotado, sin contacto con pueblo alguno».

Reduzco en el verso 10°. la expresión «templos de los dioses», a «templos» tan sólo, pues para nosotros basta como acepción específica y genérica. Repito que traducir a Homero palabra por palabra es contraproducente y sólo tiende a embrollar el sentido, por la sencilla razón de no

existir correspondencia exacta entre nuestras voces y las griegas, ni entre los regímenes y concordancias de ambos idiomas. Traducir en tal forma es traducir mal, convirtiendo la exactitud en servilismo. «Templos de los dioses» es una forma puramente expletiva, comunísima en el lenguaje homérico.

Al mismo concepto me atengo para traducir el final del segundo verso y el tercero del canto, que dicen literalmente: «mientras Atena fué al pueblo y a la ciudad de los hombres feacios», por el verso tercero de mi versión:

«Atena fué a la capital del pueblo feacio»

pues la traducción literal, además de darnos una frase pesadísima, embrollaría el sentido con un recargo para nosotros inútil. Precisamente, porque se trata de la capital, emplea siempre el canto la palabra «polis», que significa ciudad en su sentido más lato, como que comprende también el país circunvecino. Así está usada en el verso 177°. del canto (175°. de mi versión). La voz «metrópoli», ciudad-madre, no existe en Homero. La acepción de «capital» suele darla con la citada «polis» acompañada del enfático «he». En cambio, sólo dos veces usa en el canto la voz «asty», más restricta y concreta: (versos 178°. y 194°. , que son correlativos).

Otro expletivo muy frecuente es el de «Atena la diosa ojizarca», que pongo tal cual en el verso

13º, pero que el mismo poeta substituye por «Atena» simplemente en el 2º. del canto (3º. de mi versión), lo cual me da un derecho de que usaré en otras partes.

Aunque en el verso 49º está literalmente «Nausicaa la del lindo peplo», dicha calificación refiérese a la elegancia o gentileza de la joven, como cuando el poeta llama a otras mujeres «del hermoso cinto», queriendo significar bien entalladas o ceñidas: «apuestas», para decirlo con una palabra, según está en su intención. El velo y el cinto caracterizan efectivamente la elegancia de las mujeres homéricas. Y por esto digo yo «la gentil Nausicaa».

Los epítetos «alto» y «de buenas ruedas», aplicados al carro en el verso 58º del canto, los resumo yo en la expresión «de buen porte» (verso 56º de mi versión) porque son evidentemente expletivos. El verso 70º los repite, corroborando así mi conclusión, y añade «provisto de un tablado», o sea con buen asiento, para encarecer la solidez de la caja. El 72º dice ya «bien rodado» o «buen rodante», lo que Leconte de Lisle traduce justamente por «rápido». Yo también. Advirétase, además, que Homero emplea ya otra voz para designar al vehículo en ese último verso: «coche» en vez de «carro». El verso de mi traducción (el 69º) dice «carro de buen porte y asiento».

Para concluir con este asunto de los epítetos,

el verso 105° del canto (103° de mi versión) dice literalmente «el dios portaégida». Yo traduzco «sacrosanto», pues lo que se quiere significar con aquella expresión es el respeto solemne que el privilegio de portar la égida comunicaba al numen. Por último, «cielo claro» por «ancho» o «vasto» (verso 150° del canto y de mi versión) considérollo equivalente, recordando la celeste claridad en que moran los dioses, según el verso 45° de dicha versión y dicho canto.

Las dos versiones más exactas que conozco en castellano y en francés, es decir, por su orden de mérito, la de Segalá y Estalella, y la de Lecomte de Lisle, dicen que cuando después de haber almorzado, Nausicaa y sus doncellas emprendieron una partida de pelota, aquélla púsose a cantar entre el grupo (verso 101° del canto).

Discrepo de ambos autores poniendo (verso 99° de mi versión) «Nausicaa manda el juego»; y la acepción de juego, juguete, en la misma lengua véase por qué:

Aunque la voz «molpe» del verso significa estrictamente canto y danza cantada, tenía también homérica. En este caso, así hay que interpretarla; pues su relación con la voz «hérxeto»: encabezaba, a la vez que el sentido y la propia expresión textual, lo determinan claramente. El verso 99° (97° de mi versión) acaba de decirnos, en efecto, que las criadas «y ella misma» jugaron a la pelota; y sería absurdo que se hubiera puesto a

cantar entre el bullicio del juego—«femenil griterío» expresa el verso 122° (120° de mi versión)—precisamente cuando no podían oírla. La comparación que sigue con Artemis o Diana cuando sobresale entre sus ninfas durante la cacería, es concluyente, a mi entender; pues aquella diosa no era artista, sino deportiva. Por último, en el verso 115° del canto (114° de mi versión) es la misma Nausicaa quien tira la pelota; y la mención de sus blancos brazos en el verso discutido, proviene de que se destacan al jugar, como en la carrera las rodillas que Homero suele recordar por igual motivo.

Esto es todo lo que vale la pena advertir.

Quédame sólo por recordar, pues el presente canto es continuación del V, que este último concluye dejando a Ulises dormido entre la hojarasca, cuando, libre ya del naufragio, Atena su protectora le concedió el descanso y el sueño.

EL CANTO VI DE LA ODISEA

(Traducción)

Mientras allá el paciente, noble Ulises dormía,
Así al sueño rindiéndose, y de fatiga lacio,
Atena fué a la capital del pueblo feacio
Que habitó antiguamente la espaciosa Hipería,
Vecino de los cíclopes, varones arrogantes,
Quienes lo maltrataban, porque eran más pujantes.
De allá lo sacó a Esqueria, donde a instalarlo vino,
Lejos del mundo culto, Nausítoo divino.
Levantó la muralla que a la ciudad encierra,
Hizo casas y templos, y repartió la tierra.
Mas, como ya fué al Hades, por la Parca domado,
Reina Alcínoo, de los dioses aconsejado.
Atena, la ojizarca diosa, urdiendo la vuelta
Del magnánimo Ulises, dirígese resuelta

Hacia la real morada, y éntrase a un primoroso
Aposento, donde una doncella está en reposo,
Como las inmortales por lo linda y esbelta:
Nausicaa, la hija de Alcínoo generoso.
Dos graciosas sirvientas acompañanla, a cada
Lado de la brillante doble puerta cerrada.
Mas, como un soplo de aire la deidad endereza
Al lecho dè la joven, y sobre su cabeza
Se inclina, y de esta suerte le habla, transfigurada
En la hija del famoso navegante Dimanto,
Que su misma edad tiene y a quien ella ama tanto.
Tal la ojizarca Atena dícele:

—Nausicaa,

Qué floja te ha engendrado tu madre! Con desgano
Abandonas la espléndida ropa, y ya está cercano
Tu casamiento en que has de con la mejor vestirte,
Proveyéndola a aquellos que deban conducirte.
Pues así entre los hombres buena fama alcanzamos,
Y padre y madre augusta se complacen. Vayamos
A lavar, pues, al alba. Yo iré en tu compañía
Y ayudaré al apronte, que según es sabido,
No durarás soltera, porque ya te pretenden
Los más nobles feacios entre los que has nacido.
Ea, pide a tu ilustre padre que ordene que antes
Del alba aten las mulas y el coche en que llevando
Irás los cintos, peplos y cobijas brillantes.
Para tí misma es esto mejor que ir a pie andando,
Pues que los lavaderos se encuentran tan distantes.
Y la ojizarca Atena, cuando así ha hablado, torna
Al Olimpo, en que dicen que está, siempre segura,
La mansión de los dioses, que ni el viento trastorna,
Ni lluvia o nieve alcanzan. Allá en la vasta y pura

Serenidad donde una claridad blanca fluye,
 Gozan sin fin los dioses felices su ventura
 Allá va la ojizarca cuando a la niña instruye.

Pronto la Aurora de ínclito trono, llega y despierta
 La gentil Nausicaa, quien, del sueño admirada,
 A contarlo a sus padres vase por la morada,
 Donde con el querido padre y la madre acierta.
 Aquélla hila la púrpura con sus siervas, sentada
 Junto al fuego; él, llamado por los nobles feacios
 A un consejo de ilustres reyes, deja el palacio.
 Y la niña, diciéndole así, al buen padre viene:

—¿No quieres, padre amado, que un carro de buen porte
 Me arreglen, en que al río para lavar transporte
 La magnífica ropa que se ensució? Conviene
 Que la tuya esté aseada, cuando entre las primeras
 Personas del consejo, con ellas deliberas.
 Tienes en el palacio cinco hijos: dos casados,
 Y tres que siendo ahora mancebos espigados,
 Siempre que al baile acuden, ropa limpia quisieran.
 Y todo esto a mi cargo se halla.

Habló de tal modo,
 Porque la ruboriza mencionar al buen padre
 Sus florecientes nupcias; pero él comprende todo
 Y responde:

—Ni mulas, ni nada que te cuadre
 Te negaré, hija mía. Anda y que los esclavos
 Te preparen un carro de buen porte y asiento.
 Tal mandó y los esclavos cumplieron al momento.
 Sacando afuera el raudó coche, las mulas le atan,
 Mientras la joven trae de la alcoba inmediata
 La hermosa ropa al carro. Su madre le ha dispuesto

Toda clase de ricos manjares en un cesto,
Y un odre de buen vino con las viandas le apronta.
Y luego que la joven al vehículo monta,
Flúido aceite alcánzale en una ampolla de oro,
Para que pueda ungirse junto con sus criadas.
Y ella, empuñando el látigo y las riendas lustradas,
Pica al tiro de mulas que se arranca sonoro,
Llevándose a gran trote la ropa y la doncella.
Mas no sola, que marchan las sirvientas con ella.

Llegadas al bellissimo río en cuya corriente
Están los lavaderos, donde perpetuamente
Corre abundante y límpida un agua que sacara
Las más tenaces mugres, sueltan las mulas para
Que pasten junto al férvido río el dulce forraje.
Luego después, del carro van sacando el ropaje,
Y dentro el agua negra de los hoyos lo pisan
Para mejor lavarlo, compitiendo en la prisa.
Purgado ya de toda suciedad, lo han tendido
En orden, a lo largo del guijarral que alisa
Con más frecuencia el golpe del mar. Y acto seguido,
Van a bañarse, y dándose la pingüe unción de aceite,
Junto al río se ponen a comer, esperando
Que el sol vaya la ropa con su esplendor secando.
Así que ella y las siervas hártanse con deleite,
A la pelota juegan, sus velos desatando.
Y Nausicaa de albos brazos, el juego manda.
Como Artemis flechera cuando en los montes anda,
Y en el Taigeto altísimo, o sobre el Erimanto,
Diviértese con rápidos ciervos y jabalíes;
Y allá las ninfas, hijas de Zeus el sacrosanto,
Triscan con ella, agrestes; y Latona, entretanto,
Se alegra; y sobre todas, ella su frente engríe,

Con que notarla es fácil, aunque todas son bellas:
Tal la indómita virgen luce entre sus doncellas.
Mas, como ya aprontárase a regresar, atando
Las mulas, y doblando la ropa primorosa,
Atena, la ojizarca deidad, pensó otra cosa,
Para que cuando Ulises del sueño despertara,
Prontamente a esa joven de lindos ojos viera,
Y ella a la ciudad de los feacios lo llevara.

La princesa a una esclava tiróle, pues, ligera,
La pelota que, errándole, fué a un hondo remolino.
Gritaron fuerte, entonces, y despertó el divino
Ulises, y sentándose, pensó de esta manera:
—Ay de mí ¿entre qué pueblos me hallaré? ¿Serán fieros,
Rudos e inicuos? ¿o aman, quizá, a los extranjeros
Y temen a los dioses? Femenil griterío
De muchachas me llega. Son las ninfas que ufanas
Habitan en la altura de las cumbres montanas,
Y en los verdes juncuales, y fuentes de los ríos.
¿O estaré oyendo cerca de mí voces humanas?
Mejor es que lo indague por mi propio albedrío.

Y diciendo así, Ulises salió de los arbustos.
Cortó en el bosque espeso con sus puños robustos,
Para cubrir su sexo viril, frondosa rama,
Y avanzó cual silvestre león que en sus arrojos
Va contra viento y lluvia, centelleantes los ojos,
A devorar oveja, buey o rústica gama,
Pues hasta el fuerte albergue del ganado lo llama
A audaces tentativas el hambre en sus antojos.
Así ante aquellas jóvenes bien peinadas, debía
Mostrarse Ulises, aunque desnudo, pues le urgía.
Y horrible aparecióseles, sucio con la hez del mar,
Y por la alta costa hízolas espantadas fugar.

Sólo la hija de Alcínoo quedóse, porque Atena
Quita el miedo a sus miembros y su ánimo serena,
Con que, firme, lo afronta. Y Ulises discurría
Si a esa joven de lindos ojos imploraría
Asiendo sus rodillas, o si más le valiera
Con palabra afectuosa suplicarle de lejos
Que la ciudad mostrárale y vestidos le diera.
Pensando así, ha adoptado como mejor consejo
Suplicarle de lejos con palabra afectuosa,
Temiendo que si abraza sus rodillas, se irrite.
Y al punto este discurso dulce y hábil emite:

—Yo te imploro, princesa, seas mortal o diosa
De entre aquellas deidades que hay en el cielo claro,
Pues a Artemis, doncella del gran Zeus, te comparo
Por tu aire, altura y gracia. Mas, si una mortal fueses
De las que el mundo habitan, ¡oh tres veces dichosos
Tus padres, y dichosos tus hermanos tres veces!
Pues cuál deben sentirse de alegres y gloriosos
Cada vez que a tal vástago ven en la danza entrar.
Y mucho más dichoso quien te lleve a su hogar,
Por sus ^o dotes nupciales aventajando él solo.
Que a nadie he admirado jamás de tal manera.
Así una vez en Delos, junto al altar de Apolo,
Ví descollar el tallo de una joven palmera.
(Había ido allá de una muchedumbre seguido,
A hacer ese viaje que me salió fatal.)
Y como largo tiempo miré aquello embebido,
Pues nunca de la tierra se alzó retoño igual,
Así, mujer, admírote, y me embarga el temor
De tocar tus rodillas, aunque es cruel mi dolor.
Ayer dejé a los veinte días la mar vinosa
Que desde la isla Oigia me arrastró en sus procelas.

Tal vez aquí me ha echado la deidad que me acosa,
 A sufrir nuevos males cuyas muchas secuelas
 No creo que me ahorren los dioses todavía.
 Pero tú, reina, apiádate, ya que en mi suerte impía
 Has sido la primera persona con que he dado,
 Sin conocer a nadie más en este poblado
 Y en esta tierra. Dígnate, pues, la ciudad mostrarme,
 Y préstame algún trapo con que pueda taparme,
 Que acaso uno trajiste para hacer el atado.
 Y así te den los dioses cuanto puedas querer:
 Marido, hogar y fausta concordia; pues no hay nada
 Más noble y útil que una familia gobernada
 Por el íntimo acuerdo de varón y mujer.
 Gran pena sufren de esto los envidiosos, mientras
 Los buenos se alborozan y ellos mejor lo encuentran.

Y a su vez Nausicaa de albos brazos le dijo:
 —Forastero que no eres necio ni vil, de fijo,
 El mismo Zeus Olímpico es por su arbitrio quien
 A los buenos y malos dispensa todo bien.
 Y puesto que esas penas te envió, sufre paciente.
 Mas, ya que a nuestras tierras y ciudad has llegado,
 No te faltará ropa ni cuanto es conveniente
 A quien maltrecho implóranos; y señas del poblado
 Te daré, revelándote el nombre de su gente.
 Los feacios habitan la tierra y la ciudad,
 Y yo a mi vez soy la hija del eminente Alcínoo
 En quien ellos delegan su fuerza y potestad.
 Y a sus lindas doncellas así ordenó diciendo:
 —¡Deteneos, sirvientas! ¿Adónde vais huyendo
 De este hombre? ¿O creéis, acaso, que viene en son de
 [guerra?
 No hay ni habrá alma viviente que penetre a la tierra

De los feacios, para traer bélicos males,
Porque ellos bien amados son de los inmortales.
Aparte, en los confines del mar alborotado
Vivimos, sin contacto con pueblo alguno; pero
Este es un miserable que aquí llegó extraviado,
Y debemos cuidarlo, pues pobres y extranjeros
Son de Zeus, y un exiguo don les causa placer.
Servidle, pues, doncellas, de comer y beber,
Y al abrigo del viento, dadle un baño en el río.

Dijo así; con que, vueltas del fugaz desvarío,
Se detuvieron, dándose coraje mutuamente,
Y en un abrigo a Ulises sentaron, cual dispuso
Nausicaa, la hija de Alcínoo eminente.
Un manto y una túnica a su lado pusieron,
Y en una ampolla de oro, claro aceite le dieron,
Y a bañarse invitáronlo en la fluvial corriente.
Así el divino Ulises entonces les repuso:

—Doncellas, apartaos un poco, mientras lavo
La hez del mar de mis hombros, y de aplicarme acabo
La unción de aceite que hace ya tanto tiempo no uso.
No lo haré ante vosotras, porque me da vergüenza
Desnudarme ante jóvenes de bien peinada trenza.

Dice, y ellas, dejándolo, van a contarle a su ama.
En tanto, el noble Ulises lavábase en el río
Su espalda y anchos hombros recubiertos de lama,
Y exprimió de su testa la sal del mar bravío.
Y así que bien bañado y ungido pingüemente,
La ropa que la intacta virgen le dió, se puso,
Atena hija de Zeus lo presentó imponente,
Y de talla más prócer, y le soltó el retinto

Cabello ensortijado cual la flor del jacinto.
Y como engasta de oro la plata el buen obrero
A quien Hefesto y Palas Atenea instruyeron
En todo arte, con que hace labor digna de asombro,
Difundió ella la gracia por su cabeza y hombros.
Apartado sentóse después en la ribera
Del mar, resplandeciendo de gracia y hermosura.
Y al contemplarlo entonces la joven criatura,
A sus lindas esclavas habló de esta manera:

—Escuchadme, doncellas de albos brazos: No ha sido
Contrariando a los dioses que en el Olimpo moran,
Como este hombre a los nobles feacios ha venido.
Si antes me parecía feo, semeja ahora
A los celestes númenes. Así tal varón fuera
Mi marido, y quedarse viviendo acá quisiera.
Mas, dadle al punto, siervas, de comer y beber.

Tal dijo, y ellas, prontas a oír y obedecer,
Ante Ulises pusieron bebida y alimento,
Que el paciente y divino bebió y devoró hambriento,
Pues llevaba ya mucho tiempo de no comer.

En tanto, Nausicaa de albos brazos, resuelve
Llevar al carro hermoso la ropa que ya envuelve.
Y enganchando las mulas de firme casco, monta
Diciendo a Ulises:

—Alzate, forastero, que pronta
Estoy para ir al pueblo, llevándote al palacio
De mi juicioso padre, donde seguramente
Verás a los más nobles de todos los feacios.
Mas, obra así, pues no me pareces imprudente:
Mientras crucemos campos y tierras en cultivo,

Tras el carro y las mulas camina a paso vivo
Con las siervas. Yo indico la ruta, y juntamente
A la ciudad subimos, en torno de la cual
Hay un alto baluarte, mientras por ambos lados
Abrese un puerto espléndido y de angosta canal,
Donde ponen en seco los navíos traqueados,
Pues todos ellos tienen su dársena cabal.
Ante él, y un bello templo de Poseidón rodeando,
Está la plaza, sólidamente adoquinada,
Donde fabrican jarcias para la nave embreada,
Y gúmenas y cables, los remos afilando;
Que el feacio no aprecia ni arcos ni aljabas, sino
Mástiles, remos, buques y el tráfago marino
En que alegre se lanza por la espumosa mar.
Ahora, sus acerbos dichos quiero evitar,
Y que por detrás me hagan comentario insidioso,
Pues grandes insolentes en el pueblo hay; no sea
Que alguno más bellaco diga lo que nos vea:
¿Qué forastero sigue, tan bello y tan hermoso
A Nausicaa? ¿Dónde lo halló? Será su esposo,
O un náufrago lejano que habrá ella recogido,
Pues no hay gentes vecinas. O algún dios bien amado
Que a sus preces vendría del cielo, y que a su lado
Tendrá todos los días. Mejor le habrá salido
Buscar esposo en otra parte, desatendiendo
Tantos nobles feacios que la andan pretendiendo.
Tal dirá, y el ultraje llegará hasta mi oído.
Yo misma me indignara contra la que eso hiciese,
Y a pesar de sus padres, con hombres se juntara,
Sin que al menos en público sus nupcias contrajese.
Oye bien, forastero, lo que te diré, para
Que regreso y transporte mi padre te conceda:
Darás junto al camino con hermosa alameda

A Atena consagrada; corre en ella una fuente,
Y la rodea un prado donde está la heredad
De mi padre, y su huerto sin cesar floreciente,
Que al alcance de un grito quedan de la ciudad.
Siéntate allá, hasta que a ella nosotras arribemos,
Y a mi casa paterna; y al colegir que estemos
Ya en el palacio, gana la ciudad y animoso
Pregunta por la casa de Alcínoo generoso.
Tan fácil es notarla, que un niño ha de llevarte;
Pues las de los feacios son de arte tan distinto,
Que a la del héroe Alcínoo no semejan ni en parte.
Y cuando estés adentro, cruza al punto el recinto,
Hasta que llegues donde mi madre hila, sentada
Al resplandor del fuego, la púrpura preciosa,
A un pilar apoyándose, por sus siervas rodeada.
Allá mi padre tiene su solio en que reposa
Bebiendo el vino, como si fuese un inmortal.
Pasa ante él, y a mi madre le abrazas las rodillas,
Para que, aun cuando vengas de lejanas orillas,
Pronto veas el día del regreso jovial;
Pues si ella te es benévola, espera la ocasión
De ver a tus amigos, tu patria y tu mansión.

Así diciendo, pica con la brillante fusta
Las mulas que a buen trote dejan el río al punto.
Látigo y bridas rige con sujeción robusta
Y hábil, para que puedan a pie seguirla juntos
Las criadas y Ulises. El sol se iba poniendo,
Cuando al bosque magnífico, a Atena consagrado,
Llegaron finalmente; quedóse aquél sentado,
Y a la hija del gran Zeus así rogó diciendo:

—Oyeme, hija indomable de Zeus el sacrosanto,

Escúchame hoy, pues nunca me has atendido, en tanto
Que me hostigaba el ínclito que a la tierra conmueve:
Deja que a los feacios arribe, y que les sea
Grato y cordial.

Tal ruégale, y Palas Atenea

Lo oye, mas sin mostrársele aún, pues no se atreve
A airontar al hermano de su padre, que airado
Fué contra Ulises, hasta que a su isla hubo él llegado.

EL RECONOCIMIENTO DE ULISES
Y PENÉLOPE

DESDE Aristarco y Aristófanes de Bizancio, hasta los críticos más avisados de nuestros días, el verso 296 del canto XXIII es el final de la Odisea. El resto constituiría un agregado, muy hermoso, en verdad, y muy del estilo épico, pero redundante, sin duda, no menos que salpicado de referencias y expresiones más modernas, puestas principalmente en claro por Dugas - Montbel («Oeuvres complètes d'Homère») y por Spohn («De extrema Odysseae parte»). Fuera de esto, la conclusión en dicho verso resulta más natural que donde está ahora, revistiendo una semejanza muy significativa con la de la *Ilíada*; pues el propósito capital de Ulises, u objeto mismo del

poema, fué reunirse con su esposa y recobrar su dominio. Alcanzadas ambas cosas, el descanso en el tálamo seguro donde estaba el lecho incommovible de la fidelidad, consumaba para ambos esposos aquella parte de su vida que el poema canta. Este titulábase propiamente «el regreso», según la designación genérica de todos cuantos celebraron a los héroes que volvían de Troya, y conforme se ve desde sus primeros versos (1-6):

Musa, háblame de ese hombre sutil que tanto anduvo,
 Tras de arruinar la santa ciudad de Troya, errando;
 Vió pueblos, conoció hábitos de mucha gente, y tuvo
 Que penar tanto en su alma por los mares, buscando
 Asegurar la vida y el deseado regreso
 Con sus acompañantes, sin salvarlos por eso.

Sea como quiera, la íntegra hermosura del trozo conviértelo en un miembro perfecto de la épica: el poema del reconocimiento, que es de suyo un desenlace. La fidelidad conyugal y el respeto a la esposa, que según los historiadores serviles a la polémica cristiana, desconoció la Antigüedad, resultan celebrados por un pagano de hace más de treinta siglos, en forma nunca intentada por la cristiandad jactanciosa. La pagana Penélope continúa siendo el modelo de la esposa fiel...

Durante veinte angustiosos años monta, por decirlo así, la guardia del hogar, como la de un templo cuyo tabernáculo es la alcoba inaccesible

a todo profano; administra el reino, más difícil de gobernar y más asechado por lo reducido; educa el hijo, héroe completo a fe, cuando aun es adolescente; y tentada por la seducción, no menos que compelida por la violencia de los príncipes comarcanos, quienes, según lo dirá el mismo Ulises, eran la flor de los mozos de Itaca, prefiere, abonándola con esos veinte años de juventud y de belleza estériles, que es decir de desolada castidad, la esperanza ya casi desvanecida.

Cuando inesperadamente le renace, al cabo ya de su resistencia y de sus ardidés, no se precipita sobre ella con el insensato afán de una heroína romántica, aunque tan explicable fuera; antes exige en resguardo del honor, más precioso que la ventura y que la vida, pruebas claras y sólidas como el diamante de su constancia. Tanto ha padecido esperando, que sólo a bien alto precio, cual si de una joya se tratara, pues lo es también, se deshará de su esperanza angustiosa. Valen, por cierto, aquel otro noble dolor, los veinte años que la ha llorado. No tuvo durante ellos un día feliz ni una noche tranquila. Fué una heroica violencia más, el decoro con que mantuvo su belleza: virtuosa honradez, porque habiéndola dado al esposo, debía cuidarla, al ser, así, un tesoro ajeno. ¿Supo nunca el cristianismo, de este concepto estético de la virtud,

en el cual se confunden, como es justo, belleza, verdad y bien?

La misma tela famosa, que tramaba y destejía con ingenio, no era uno de esos tapices de púrpura donde florecía la habilidad de las reinas (así la de Helena en el canto III, versos 125-128 de la *Iliada*), sino un paño fúnebre: la mortaja del viejo Laertes. Su misma distracción hacendosa predisponía, pues, al culto permanente de aquel dolor que habrías santificado, a poseer los antiguos el concepto de santidad. Tenían algo mejor, que era la idea puramente humana de la virtud, y la serenidad consiguiente al ejercicio de la vida tomada como obra de arte, según lo revelan esos preparativos para morir. Pronto veremos cómo la idea de «la buena muerte», que suprime la fealdad del miedo y apacigua el dolor en la conformidad del tránsito, es también completamente pagana.

El héroe, a su vez, era digno de la esposa. La prueba de su amor, veinte años llorado de igual suerte, fué más terrible, si cabe. Efectivamente, la ninfa Calipso, enamorada de él, llegó a ofrecerle la inmortalidad, que aparejaba el don de la eterna juventud, si la prefería. Y él rechazó durante años de cautiverio esta tentación, quizá insuperable. Así, para aquellos antiguos, la vida heroica definíase por el amor de la mujer. Helena fué el motivo de la guerra troyana y Penélope la causa de la dura peregrinación y guerra con

la adversidad, que es la Odisea. En tal forma, los paladines cristianos del ciclo caballeresco imitaron torpemente, es decir con grotesca exageración, a los héroes del paganismo. Nunca rayó más alto entre los vivientes la femenina dignidad. Nunca el concepto de la unión conyugal fué más perfecto y más noble. Sociedad que para enaltecerlos, poníalos así en el más bello lenguaje cantado por los hombres, revélanos cumplidamente la pureza de su ideal. Es de inferir la influencia de esos trozos que fueron la lectura corriente en el hogar y en la escuela. La doncella y el mozo helenos veían propuesto el dechado más eficaz en esos ilustres progenitores de su raza.

Pero ya lo diré mejor en un estudio a propósito.

Corresponde, ahora, algunas advertencias sobre el texto que sigue.

El lector advertirá desde el verso décimo, que me aparto de los traductores en la designación de la vieja nodriza o aya Euriclea, por Penélope y Ulises, poniendo, en vez de las susodichas voces, «mama» y «mamita»: o sea lo que directamente significa la voz griega «maia» usada en el canto. Los griegos llamaban a los viejos criados madre y padre, por respeto cariñoso. Así fué también en nuestras familias, hasta pocos años ha, sobre todo si se trataba de negros que habían sido esclavos. «Mama» y «tata» les decían, con palabras muy semejantes a las griegas; pues éstas son, res-

pectivamente, «maia», como dije, y «atta», todavía con expiración inicial. «Mamita», encarecía el afecto con el diminutivo, y así se lo empleaba indistintamente, tal cual lo revela el epíteto «querida» o «amada», que casi siempre Penélope le aplica. Euriclea, a su vez, la llama «hija querida» con no menor insistencia. Y por último, el mismo canto contiene luego la palabra «trofós», que significa propiamente nodriza. Euriclea fué para ambos esposos la criada predilecta y entre todas venerable.

Cuando Atena realza la prestancia varonil de Ulises, digo yo, traduciendo el verso 158, que «le soltó el retinto cabello». Retinto no está en el texto; pero lo pongo, porque así era el cabello de aquél.

Efectivamente, cuando en el canto XVI la misma diosa, que había transformado al héroe en viejo mendigo, le devuelve sus facciones naturales para que lo reconozca Telémaco, el texto dice (175 - 176):

Recobró su moreno color, y sus henchidas
Mejillas, y tornáronse sus barbas renegridas.

Con lo que resulta de suyo la correspondiente negrura del cabello. Aunque es de advertir que, al transformar al héroe la diosa, refiérese dos veces a su «rubio cabello» (XIII, 399 y 431). Frase hecha? Elogio rutinario? Interpolación?...

Un expletivo análogo es el que empleo al tras-

ladar el verso 294, donde pongo «hachón de cera» en vez de antorcha, como dice el texto rigurosamente. Pero es porque Itaca fué productora de cera. En el canto XIII, al describir el puerto de Forcis, que es donde arribó Ulises, el poema menciona sus dos señas principales: un olivo y una gruta consagrada a las ninfas, en la cual había colmenas artificiales formadas por ánforas de piedra, según se acostumbró hasta la época histórica:

Dentro hay cráteras y ánforas de piedra en que
Panales las abejas. [construyen

(versos 105 - 106).

El hachón o antorcha de cera convendría, sin duda, al alborozado decoro de los reyes que ganaban su tálamo.

Advertiré ahora una circunstancia relativa al lecho de Ulises, fijo en el tronco de un olivo cercenado al efecto, y formado con lonjas o correas purpúreas: los catres criollos de las antiguas estancias, compuestos de un recio bastidor tejido con lonjas de cuero, generalmente bermejo por lucimiento, y cuatro sólidos pies, solía hallarse clavado por éstos en el piso de la alcoba: reminiscencia de los gineceos y harenes.

Y sólo me resta prevenir que si tomo directamente, no contada por Ulises, la profecía del adivino Tiresias, conforme se dirá en el lugar pertinente, ello carece de importancia, al ser la terce-

ra vez que dicho trozo figura en el poema: repetición que autoriza la por lo demás muy ligera variante. Ahí es donde está la noble referencia a la muerte del anciano que vivió como bueno su vida: la dulce muerte que irá a visitarlo, al término de una florida vejez. Los estoicos primero (Cicerón, «De Senectute», 71) y los cristianos sus imitadores, después, glosaron profusamente este concepto.

El canto XXIII es continuación ajustada del anterior, en el cual Ulises mata a los pretendientes. Esta hazaña estupenda fué el dechado de los combates en que los paladines del ciclo cristiano luchan solos contra centenares de enemigos. Los pretendientes, según lo enumera Telémaco en el canto XVI, versos 245 - 253, eran ciento ocho jóvenes de la nobleza, con diez asistentes o servidores; mientras Ulises, bien que llevando la ventaja de las armas, sólo tenía de su parte a Telémaco y a tres criados. De ahí los elogios con que Euriclea refiere a Penélope el episodio. De ahí también que el hedor de semejante matanza requiera la inmediata purificación, para lo cual Ulises está azufrando la casa cuando manda por Penélope a la nodriza.

Recordaré, finalmente, que ésta había reconocido a Ulises, cuando todavía, disfrazado de mendigo, lavábale los pies por agasajo hospitalario: con lo que advirtió en su rodilla la cicatriz dejada antaño por un jabalí furioso. Pero el héroe

prohibi6le hablar entonces. El lavatorio de los pies al mendigo, recuerda, entre centenares de otras imitaciones, la ceremonia de la Semana Santa con que la Iglesia simboliza la caridad y la humildad: advertencias en que abundo para restablecer la verdad sobre el paganismo, deformado hasta la monstruosidad por el plagio y las calumnias de los cristianos.

Y perd6neseme una vez m6s alg6n ep6teto repetido que suprim6, al par de las rimas imperfectas y pobres.

EL CANTO XXIII DE LA ODISEA

(Traducción)

VERSOS 1-296

La anciana a la alta alcoba, gritando de alegría,
Subió a anunciar la vuelta del caro esposo a su ama.
Con firme andar rodillas y ágiles pies movía,
E inclinándose sobre la cabecera, exclama:

—Despierta, querida hija Penélope, pues dado
Te es mirar con tus ojos lo que ansias cada día:
Volvió a su casa Ulises, y aunque mucho ha tardado,
Mató a los pretendientes que se la entristecían,
Sus bienes devoraban y a su hijo compelían.

Mas, la cauta Penélope dijo:

—Mamita amada,
Los númenes que pueden transformar, ciertamente,
En demente al más cuerdo, y en sensato al demente,
Tu juicio trastornaron, aunque eres bien pensada,

Y el mal te hicieron. ¿Cómo te burlas de mí, cuando
Tantas penas me afligen, esos cuentos narrando,
Y arrancándome al dulce sueño que al fin había
Descendido a mis párpados, pues así no dormía
Desde que partió Ulises para la odiosa Ilión
De mal nombre? Mas, ea, baja ya a la mansión;
Pues si entre mis criadas, cualquier otra viniera
A despertarme para contarme tal quimera,
Con enojo al palacio la mandaría presto.
Pero los muchos años a tí te libran dé esto.

Euriclea repúsole:

—No me burlo de tí
Querida hija, que Ulises volvió a tu casa; así
Como en verdad te dije. Y era aquel extranjero
Que todos ultrajaban en el palacio. Pero
Telémaco sabía, tiempo ha, que estaba aquí,
Bien que ocultó el propósito del padre con prudencia,
Hasta que por su mano la infamia y la violencia
De aquellos insolentes quedase castigada.

Dijo, y del lecho aquélla saltó regocijada,
Y abrazando a la anciana, dejó correr su llanto,
Mientras que le decía con palabras aladas:

—Y bien, mama querida, si es verdad tódo cuanto
Me dices, y si a casa llegó él seguramente,
¿Cómo echar mano de los infames pretendientes
Fudo solo, estando ellos adentro y siendo tantos?

Y respondió Euriclea:

—No ví ni supe nada,
Pues de los que morían oí sólo el lamento.

Nosotras mantuvímonos con terror encerradas
En la segura cámara, hasta que al llamamiento
De Telémaco tu hijo, desde la sala enviado
Por su padre, hallé a Ulises de pie entre los difuntos
Que sobre el duro suelo se amontonaban juntos;
Y ciertamente habría tu alma regocijado,
Verlo, de sangre y polvo, como un león manchado.
Ahora junto a la puerta del patio, en montón yacen;
Y mientras él la hermosa mansión con un gran fuego
Está azufrando, envíame a llamarte. Ven luego,
Y veréis ambos cómo recobrados se placen
Vuestros dos corazones que tanto han padecido.
Así aquel gran deseo se ve ahora cumplido:
Vivo a su hogar regresa, y a tí y a su hijo ha hallado;
Y a aquellos pretendientes que habíanlo ultrajado,
En su propia morada castigar ha podido.

Mas, la cuerda Penélope dijo:

—Mama querida,

No cantes aún victoria con voz tan decidida.
Sabes cuán grato a todos verlo en su casa fuera,
Y más a mí y al hijo que engendramos; pero eso
No es verdad como dices, pues quien de tal manera
Mató a los pretendientes, fué un inmortal, al peso
De la ira que causábanle su insolencia y su exceso
De maldad; pues a nadie que se les acercaba,
Eueno o malvado, sobre la tierra respetaban.
Y lo que el mal atrájoles, su iniquidad sería.
Pero Ulises ha muerto, lejos de Acaya ausente.

La nodriza Euriclea repúsole:

—¡Hija mía,

Qué palabra ha franqueado la barra de tus dientes,

Al decir que tu esposo nunca más volvería,
Cuando ante el hogar se halla, pese a tu desconfianza!
Mas, otra señal clara te daré sin tardanza:
La cicatriz que antaño le infirió un jabalí
Con sus colmillos blancos, y que reconocí
Al lavarlo. Aunque quise decírtelo, cerró él
Mi boca con sus manos, y lo impidió prudente.
Mas, sígueme, que en prenda me doy personalmente;
Y si te engaño, mátame con la muerte más cruel.

Mas, la sagaz Penélope dijo:

—Mamita amada,

Difícil es que entiendas la intención de los dioses
Inmortales, aun cuando seas tan avisada.
Pero, vayamos ante mi hijo, y que vea yo
Los pretendientes muertos y aquél que los mató.

Dijo, y del alto piso bajó. Y mucho dudaba
Su corazón, si había de interrogar distante
A su querido esposo, o hacía él yendo al instante
Y asiéndole las manos, su cabeza besaba.
Entró, franqueando el pétreo umbral, y sentóse ante
Ulises, a la clara llama, en el muro opuesto.
Sentado él junto a un alto pilar estaba en esto,
Y con los ojos bajos, esperaba que, amante,
Al verlo allá dijérale algo su noble esposa.
Pero ella, largo tiempo se quedó silenciosa,
Y con íntimo espanto su rostro contemplaba,
Porque reconocíalo y no, lo que se hallaba
Con aquellos andrajos. Telémaco increpóla
Así:

—Madre, cruel madre de pecho despiadado,
¿Por qué es que de mi padre te has apartado sola,

En vez de interrogarlo, sentándote a su lado?
 Ninguna otra huiría con ánimo obstinado,
 De un varón que sufriendo sin tregua tanto mal,
 Regresa a los veinte años a la tierra natal.
 Pero siempre de piedra tu corazón ha sido.

La prudente Penélope respondió:

—Hijo querido,
 De sorpresa en el pecho mi corazón se para.
 Nada acierto a decirle, ni a mirarlo a la cara;
 Mas, si es realmente Ulises que a casa vuelve, al punto
 Nos reconoceremos uno al otro, teniendo
 Señas que sólo valen para nosotros juntos.

Dijo; el divino y plácido Ulises, sonriendo,
 Replicó así a Telémaco:

—Deja que en el palacio,
 Tu madre, interrogándome, se convenza despacio.
 Pues lo que me está viendo mugriento y andrajoso,
 Me desprecia y no cree que sea yo su esposo.
 Mas nosotros tratemos de prever con acierto;
 Pues si quien mata a un solo hombre del pueblo, aun
 [cuando
 No muchos vengadores deje éste, abandonando
 Deudos y patria se huye, nosotros hemos muerto
 A la flor de los mozos de Itaca, a los sostenes
 De la ciudad, y pídotte que en esto reflexiones.

Mas el cuerdo Telémaco le respondió:

—Conviene
 Que tú, querido padre, veas lo que dispones;
 Pues siendo el más sensato de todos, se asegura
 Que no hay mortal que pueda competirte en cordura.

Prontos te seguiremos nosotros, y esperamos
Que el valor no nos falte, mientras fuerzas tengamos.

El ingenioso Ulises contestóle:

—Bien, pues,

Te diré lo que creo que más ventajoso es:
Bañaos luego, y puestas túnicas apropiadas,
Mandad que en el palacio se vistan las criadas,
Y que el divino aedo de la lira sonora,
Toque para nosotros danza alborozadora;
Conque, si por la calle sube algún transeunte
O vecino que lo oiga, casamiento barrunte,
No sea que esparciéndose la vasta novedad
De la matanza de los pretendientes, hallemos
Que nos ha aventajado, llegando a la ciudad
Antes de que nosotros nuestros bosques ganemos,
Y allá lo que el Olímpico nos sugiera, apreciemos.

Dijo, y oyéndolo ellos, al punto lo acataron.
Bañáronse, pues, luego, de túnicas mudaron,
Y arregladas las mozas, su recurvada lira
Pulsó el divino aedo que el amor les inspira
De las dulces cadencias y la danza esmerada.
Y pronto con el baile resonó la morada
Al paso de los hombres y las mozas esbeltas.
Y los de afuera, oyendo, decían:

—Ya resuelta

Se casó con alguno la reina tan buscada.
La pobre no ha podido sufrir de tal manera,
Y aguardar, conservando la espaciosa morada,
La vuelta del esposo con quien joven se uniera.

Tal decían, ajenos a lo que allá ocurriera.
 La camarera Eurínome bañó en tanto al prudente
 Ulises en la casa, lo ungió de aceite, y luego
 Fué y le puso una túnica y un manto palaciego.
 Atena dióle, entonces, hermosura imponente,
 Y una talla más prócer, y le soltó el retinto
 Cabello ensortijado cual la flor del jacinto.
 Y como engasta de oro la plata el buen obrero
 A quien Hefesto y Palas Atenea instruyeron
 En todo arte, con que hace labor digna de asombro,
 Difundió ella la gracia por su cabeza y hombros.
 Así, al salir del baño, pareció un inmortal,
 Y regresó, y sentándose de nuevo en el sitial
 Ante su esposa, hablóle diciendo:

—¡Desdichada!

Diéronte los que habitan la olímpica morada,
 Un corazón, por cierto, tan desafeccionado,
 Que entre las de tu sexo nunca ha tenido igual;
 Pues ninguna huiría con ánimo obstinado,
 De un varón que sufriendo sin tregua tanto mal,
 Regresa a los veinte años a la tierra natal.
 Pero anda, mama, y tiende para mí solo un lecho,
 Que un corazón de fierro posee ésta en su pecho.

La discreta Penélope contestó:

—¡Desdichado!

De nada envanécime, ni lo he menospreciado,
 Ni lo estimé con creces. Sólo sé bien cómo eras
 Al partirte de Itaca con las naves remeras.
 Mas, vé Euriclea, y tiéndele una cama prolija
 En el seguro tálamo que hizo él mismo; llevando
 Allá el sólido lecho, lo aprontarás bien blando,
 Con pieles, finas mantas y espléndida cobija.

Dijo esto por probarlo: mas Ulises, furioso,
Respondió así a su esposa de espíritu juicioso:

—Mujer, con lo que has dicho, me afligiste realmente.
¿Quién me ha movido el lecho? Difícil cosa fuera
Hasta para un hombre hábil, pues sólo un dios lo hiciera.
No existe, ni en la fuerza de la edad, ser viviente
Capaz de ello; que hay una gran seña en aquel lecho
Por mí sólo labrado, no de otras manos hecho:
Dentro el patio, un frondoso pie de olivo crecía,
Vivaz, verde, y tan grueso, que un pilar parecía.
Trazando en torno suyo la alcoba, hícela luego
Con ajustadas piedras, la teché con cuidado,
Y puse en ella sólidas puertas de exacto juego.
Corté al frondoso olivo ramaje y tronco entonces,
Cerca de las raíces; lo alisé con el bronce
Diestramente; a plomada su nivel corregí,
Y el asiento así armado, taladré a berbiquí.
Partiendo de esta pieza, dejé al fin bien pulida
Toda la cama; púsele para mayor decoro,
Finas incrustaciones de marfil, plata y oro,
Y le tendí correas de púrpura teñidas.
Tal es, mujer, la seña que te doy; pero ignoro
Si aun está el lecho donde lo puse, o si, furtivo,
Lo trasladó algún hombre, cortando el pie de olivo.

Dijo, y a ella flaqueáronle corazón y rodillas
Ante el signo que Ulises le indicaba tan fijo,
Corrió hacia él, pues, bañadas en llanto las mejillas,
Y lo abrazó, y besándole la cabeza, le dijo:

—No te enojas Ulises conmigo, pues sabemos
Que eres tan cuerdo en todo. Los dioses no han querido

Por desgracia, que juntos la mocedad gocemos
Ni a la vejez pisáramos, siempre uno al otro unido.
No te irrites ni enfades porque no te abrazara
Como ahora, tan luego que te ví, pues vivía
Mi corazón temiendo que alguno lo enlabiara
Mentiroso, entre tantos que urden la argucia impía.
Nunca la argiva Helena hija de Zeus, cediera
A un extraño su afecto ni su lecho, si hubiera
Sabido que los bravos aqueos algún día
A su hogar y a su amada patria la volverían.
A acción tan vergonzosa, de fijo un dios la indujo;
Pues ella, por sí sola, concebido no habría
La deplorable falta que nuestro mal produjo.
Mas, ahora que me diste la evidente señal
De aquel lecho que nunca mirara otro mortal,
Sino tú y yo los únicos, y una sola criada,
Actoris, que aquí traje por mi padre donada
Para guardar las puertas del tálamo seguro,
Mi corazón persuades, aunque sea tan duro.

Dijo; y él con un ansia de gemir más premiosa,
Lloraba sosteniendo su dulce y casta esposa.
Cual resulta a los náufragos de agradable la tierra,
Cuando en el mar moviéndoles Poseidón cruda guerra,
Rompe el sólido barco que impulsan onda y viento,
Y solos pocos salvan del furioso elemento;
Y cubiertas sus carnes con el sarro del mar,
Pueden en tierra, alegres, del desastre escapar:
Así a ella la presencia del esposo es tan grata,
Que del cuello los blancos brazos no le desata.
Y halláralos la Aurora de los dedos de rosa
Llorando todavía, si la ojizarca diosa

Atena, no resuelve que ya la noche luenga
Se atarde, y la crisótrona Aurora se detenga
Tras del Océano, con que le impide uncir ahora
Los rápidos caballos que al hombre la luz traen:
Lampón y Faetonte, corceles de la Aurora.
Y mientras tanto, Ulises a su esposa decía:

—Mujer, nuestros trabajos no acaban todavía,
Que una obra inmensa y ardua debo aun dejar resuelta.
El alma de Tiresias me lo auguró así el día
En que descendí al Hades, procurando la vuelta
Para mis compañeros y para mí. Mas, vente
Ya, mujer, y vayamos al lecho en que tendidos
Podremos regalarnos con el sueño clemente.

La discreta Penélope así le ha respondido:
—La cama estará pronta tan luego como quieras,
Pues diéronte los númenes que a tu mansión volvieras
Y a tu patria; mas, puesto que un dios te ha sugerido
El recuerdo de esa obra, dímelas te lo ruego;
Pues si, como presumo, seré de ella enterada,
No me parece malo saberlo desde luego.

El ingenioso Ulises respondió:

—¡Desdichada!

¿Por qué a que te lo diga constriñes mi albedrío?
Pues bien, voy a contártelo sin ocultarte nada.
No se alegrará tu ánimo, cual no se alegra el mío.

(Aquí, prefiero traducir la profecía directamente formulada por Tiresias en el canto XI, versos 119-137; pues no sólo el trozo es más completo y de mayor belleza y eficacia con la evita-

ción de las cláusulas transitivas «me ordenó que,» «me dijo que,» sino que el otro constituye una ajustada transcripción en igual número de exámetros):

—«Cuando a los pretendientes ultimes en tu hogar,
 Por la astucia, o de frente con el agudo bronce,
 Toma contigo un remo sólido, y vete entonces,
 Hasta que des con gentes que nunca han visto el mar,
 Ni comen alimentos por la sal sazonados,
 Ni conocen las naves de bermejós costados,
 Ni los remos que de alas les sirven al bogar.
 Te daré un claro signo que no se contradiga:
 Cuando hacia tí venga otro caminante y te diga
 Que un biello vas llevando sobre tu hombro glorioso,
 Planta en tierra tu sólido remo y haz un precioso
 Sacrificio al augusto Poseidón: un carnero,
 Un toro y un verraco. De vuelta en tu morada,
 Inmola acto continuo la hecatombe sagrada
 A los dioses que habitan el vasto Olimpo, pero
 Sin que falte uno; y lejos del mar, al agobiarte
 Una vejez florida, y entre pueblos felices,
 En verdad una dulce muerte irá a visitarte.»

La prudente Penélope repuso:

—Si escogida

Vejez te dan los dioses, bien puedes esperarte
 Huir de las desgracias que ella trae en seguida.

Y mientras ambos iban hablando de esta laya,
 A la luz de las teas, Eurínome y el aya,
 Con blandos cobertores la cama prepararon.
 Luego que, diligentes, de arreglarla acabaron,

Fuése a dormir la anciana, mientras la camarera
Eurínome, alumbrándolos con un hachón de cera,
Los precedió hacia el tálamo al cual se encaminaron.
Luego que los condujo, salióse pronto afuera.
Y así a su antiguo lecho con júbilo llegaron.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

